AÑO I — BUENOS AIRES, Miércoles 14 de Abril de 1926 — No. 41

EL REPARTO DE SIVA
Siva, que manda al (hombre las cosechas, de pan trabajo y duelos y hace que sople el (viento, sentado en el umbral de (un claro día, ha de ello mucho tiem-(po, repartió su porción a (cada uno.

Crítica para los Niños

Suplemento de 8 páginas Aparece los miércoles

desde el Rey, que ... al pobre pordiosero. ... Siva, ... todo ¡Mahadeo! ... dió el espino al camello, ... y a ti, mi niño, ... [illegible]

Rudyard Kipling.

El pesquisa Hormiga Negra o el robo del diamante azul

HISTORIETA POLICIAL ILUSTRADA POR ROJAS



:: :: BRIBON :: ::

No pertenecía a nadie. No tenía nombre y nadie podía decir dónde pasaba el largo invierno ni de qué se alimentaba. Cuando quería aproximarse a las casas, otros perros, hambrientos como él, pero orgullosos de pertenecer a aquellas casas, le expulsaban sin piedad. Cuando, empujado por el hambre o por la necesidad instintiva de encontrarse entre seres vivientes, hacía su aparición en la calle, los chicos le tiraban palos y piedras y las personas mayores le perseguían con gritos de maldad y silbidos terribles. Presa de terror, corría de un lado para otro, tropezaba contra las vallas y contra los hombres; por fin, llegaba al extremo de la aldea y se escondía en un jardín desierto, en un rincón que él solo conocía. Allí, lamía con su lengua las heridas recibidas y su miedo, su desconfianza de los hombres, iba en aumento constante.

Una sola vez le habían demostrado piedad. Era un aldeano borracho que acababa de abandonar la taberna. Amaba y perdonaba a todo el mundo, y balbuceaba algo de las personas de buen corazón. Se apiadó de la suerte del pobre perro, sobre el cual había caído su mirada por casualidad.

—¡Chucho!—le llamó aplicándole el nombre que se da a todos los perros—. ¡Ven acá, chucho; no tengas miedo!

El perro tenía muchas ganas de acercarse; daba señales de cariño con su cola, pero no se atrevía.

—¡Ven acá, ea, tonto! ¡A fe mía que no te haré daño!

Pero en tanto que el perro, vacilante y acelerando el balanceo de su cola, se acercaba a pasitos cortos, el humor del borracho cambió súbitamente. Recordó todo el mal que le habían hecho las personas de bien y sintió disgusto y cólera. Y cuando el perro se prosternó ante él, sobre el lomo, le dió un fuerte puntapié en las costillas.



... y la gente mayor le echaba a palos y gritos...

—¡Largo de aquí, cochino animal!

El perro lanzó un aullido, provocado más bien por la sorpresa y por la decepción que por el dolor. El campesino, tambaleándose, se fué a su casa; allí pegó cruelmente y por largo rato a su mujer e hizo pedazos la toquilla nueva que le había regalado la semana anterior.

Desde aquel día, el perro desconfiaba de los hombres que manifestaban deseos de acariciarle, y con el rabo entre piernas huía a todo correr. A veces, hasta intentaba morder y había que echarle a palos o a pedradas.

Durante el último invierno, se instaló bajo la terraza de una casa de campo desierta, que no tenía guarda y él mismo se convirtió en guarda voluntario: por la noche, se ponía delante de la casa y ladraba con todas sus fuerzas. Luego se echaba bajo la terraza y gruñía furiosamente, pero en este gruñido se notaba satisfacción y orgullo de sí mismo.

La noche de invierno era terriblemente larga. Las negras ventanas de la casa desierta miraban tristemente al jardín, inmóvil, cubierto de nieve y de hielo. A veces, una lucesita azul se reflejaba en las ventanas: era una estrella descendiente o un rayo de luna que caía sobre los cristales.

Cuando llegó la primavera, la casa desierta se llenó de repente de ruidos, de crujir de pies. Unos hombres llevaron pesados muebles. Una muchedumbre de inquilinos, hombres, mujeres y niños, había venido de la ciudad vecina para pasar allí el verano. Embriagados de aire, de calor y de sol, gritaban, cantaban, reían.

La primera con quien hizo conocimiento el perro fué una hermosa muchacha, vestida con traje de colegiala. Había venido a ver el jardín. Llena de impaciencia y de alegría, con el deseo de besar ávidamente todo lo que veía a su alrededor, admiró un instante el cielo azul, las ramas rojizas de los cerezos y se echó sobre la hierba, vuelta la cara al sol ardiente. Después, saltó nuevamente sobre sus piernas y, abrazándose a sí misma, besando el aire primaveral, gritó extasiada:

—¡Dios mío, qué bello es esto!

Dicho esto, se puso a dar vueltas vertiginosas alrededor de sí misma. En el mismo instante, el perro, que se había acercado sin hacer ruido a la muchacha, asió fuertemente el extremo de su vestido, le sacudió y, siempre sin hacer ruido, echó a correr por los espesos setos de frambuesa.

—¡Un perro malo! — gritó la muchacha huyendo.

Se oyeron aun largo rato sus gritos de espanto:

—¡Mamá! ¡Niños, no vayáis al jardín! ¡Hay un perro muy grandísimo y muy malo!

Cuando cayó la noche, el perro se acercó sin hacer ruido a la casa dormida y se echó bajo la terraza. Allí oía a hombres. Por las ventanas abiertas se oía su respiración. Dormían, nada había que temer de ellos y el perro hacía guardia celosamente, con un ojo abierto, estirando al menor ruido su cabeza, con dos ojos que brillaban como chispas en la noche negra. La noche primaveral estaba llena de ruidos inquietantes: algo se movía en la hierba, muy cerca del perro. Una rama se meneaba bajo el peso de un pájaro dormido. Por el camino, aplastando la arena, pasaban una carretas. A su alrededor, en el aire inmóvil, se expandía el fuerte olor del heno fresco.

Las personas que se habían instalado en la casa eran muy buenas. El estar ahora lejos de la ciudad, respirando el aire del campo, viendo los colores vivos de la primavera, les hacía más buenas aun. El sol, al penetrar en ellos con su calor, salía convertido en risas y cariño para todos los seres vivientes.

Primeramente, quisieron echar de allí al perro que les había asustado tanto y hasta matarle de un tiro de revólver, si no se iba por su voluntad; pero pronto se habituaron a oir sus ladridos en la noche y a veces, por la mañana, se preguntaban:

—¿Dónde está ese Bribón

Este era ya su nombre. A veces veían, de día, al perro entre los setos; pero él corría con desconfianza huyendo de una mano que le echaba pan, como si en vez de pan fuera una piedra.

Poco a poco se acostumbraron a Bribón. Los hombres le llamaban "nuestro perro", y se reían de su carácter salvaje y de su miedo, que no tenía ninguna razón de ser. Cada día, Bribón disminuía un poco la distancia que le había separado de los hombres. Comenzó a reconocerlos, a distinguirlos unos de otros, y se adaptó a sus hábitos. Media hora antes de que se sentaran a la mesa, se ponía de guardia cerca de la casa, esperando que se le echara algo de comer y meneando la cola. La colegiala Lelia le perdonó la injuria y le introdujo en el círculo de aquellas gentes felices que disfrutaban del descanso.

—¡Briboncito, ven aquí! — llamaba al perro. — ¡No tengas miedo, chiquitín mío, ven! ¡Pero ven, ea! ¿Quieres azúcar? ¡Voy a dártela! ¡Vaya, ven!

Pero el perro no se atrevía: tenía miedo. Y con precauciones infinitas, pronunciando las palabras más dulces posibles en una bella muchacha de voz melodiosa, Lelia se acercaba al perro, con miedo de que la mordiera.

—¡Que te quiero, Briboncito, que te quiero mucho! Tienes una naricita bonita y ojos muy expresivos. Haces mal en desconfiar de mí, Briboncito.

Las cejas de Lelia se levantaron. también ella tenía una naricita bonita y ojos expresivos, que el sol había hecho muy bien en cubrir de cálidos besos todo su rostro, joven, resplandeciente de una belleza ingenua.

Y Bribón, por segunda vez en su vida, se echó sobre el lomo y cerró los ojos, no estando cierto de si le iban a acariciar o a pegar. Pero le acariciaron. Una manita cálida tocó ligeramente su cabeza y luego se puso a acariciar valerosamente todo su cuerpo.

—¡Mamá, niños, mirad, estoy acariciando a Bribón! — gritó Lelia.

Cuando los niños corrieron, alborotados, agitados y confiados, como gotas de mercurio, Bribón esperaba con angustia; sabía bien que si le pegaban no tendría ya fuerza para morder, podque le habían despojado de su maldad irreconciliable. Y cuando todos comenzaron a acariciarle, temblaba su cuerpo, y las caricias, a que no estaba habituado, le hacían casi tanto daño como le hubieran hecho los golpes.

Bribón estaba satisfecho con toda su alma de perro. Tenía un nombre, al oir el cual corría a todo correr desde los setos. Pertenecía a hombres, y podía servirles ¿No era ésto bastante para hacer feliz a un perro?

Acostumbrado a la moderación, gracias a sus años de vida vagabunda y llena de miserias, comía muy poco; pero aun así, pronto estuvo desconocido; su pelo largo, que antes le caía sobre el cuerpo en sucios mechones, llenos de barro en el vientre, estaba ahora limpio, negro y liso como el terciopelo. Y cuando se ponía delante de la casa, examinando gravemente la calle con la mirada, a nadie se le ocurría hacerle rabiar o tirarle una piedra.

Pero él no tenía aquel orgullo y aquel aire independiente más que cuando se encontraba sólo. El fuego de las caricias no había conseguido aun evaporar completamente el miedo de su corazón y cerca de los hombres no se sentía a gusto y esperaba que le pegaran. Durante mucho tiempo, toda caricia fué para él una sorpresa, un milagro que no podía comprender. El mismo no sabía hacer caricias. Otros perros, para expresar sus sentimientos, sabían ponerse de pie sobre las patas traseras, restregarse a las piernas de los hombres, hasta sonreir; pero él no sabía.

Lo único que sabía era echarse sobre el lomo, cerrar los ojos y lanzar pequeños gemidos. Pero esto era demasiado poco e insuficiente para expresar su entusiasmo, su reconocimiento y su amor. Al fin tuvo una inspiración: imitando quizá a otros perros, comenzó a saltar pesadamente, a dar vueltas alrededor de sí mismo, y su cuerpo, siempre tan aferrado e inmóvil, se hizo pesado, torpe y chusco.

—¡Mamá, niños! ¡Mirad: Briboncito está jugando!—gritó Lelia y ahogándose de risa decía:

—¡Otra vez, Briboncito! ¡Sigue! ¡Eso es, así!...

Todos acudieron corriendo y se retorcían de risa, mientras Bribón daba vueltas como una peonza, caía y sus ojos conservaban la expresión implorante. Los niños, para provocar aquellos risibles movimientos, le acariciaban como antes se le pegaba para provocar su miedo. Alguno de los niños, y aun de los mayores, le gritaba incesantemente:

—¡Bribón! ¡Briboncito! Juega otro poco, anda!

Y él jugaba con gran alegría de los espectadores que reían ruidosamente. Estaban muy contentos con él y se quejaban solamente de que Bribón no quisiera hacer valer sus talentos ante las otras personas que acudían a la casa: cuando veía venir a alguien que no era de la familia, corría al jardín o se escondía bajo la terraza.

Poco a poco se fué acostumbrando a no preocuparse del alimento; estaba cierto de que, a la hora precisa, la cocinera le daría de comer, y permanecía esperando en su sitio, bajo la terraza. Ahora, él mismo buscaba las caricias. Se había puesto un poco pesado, no le gustaba hacer viajes largos y cuando los niños le invitaban a acompañarles al bosque, movía diplomáticamente la cola y desaparecía sin que lo notaran. Pero por la noche llenaba concienzudamente sus deberes de guardián y ladraba furiosamente.

Pronto llegó el otoño. Lloraba el cielo con lluvias frecuentes. Las casas de campo iban quedando desiertas, como extinguidas por la lluvia y el viento.

—¿Qué hacer de Bribón? — preguntó pensativa Lelia.

Estaba sentada, teniendo enlazadas con sus manos las rodillas y miraba tristemente por la ventana, por la que corrían las gotas de la lluvia que acababa de comenzar.

—¿Qué postura es esa, Lelia? Siéntate como es debido — dijo la madre, y añadió—: En cuanto a Bribón, tendremos que dejarle aquí.

—¡Pobrecito!

—¡Qué se va a hacer! En la ciudad no tenemos patio y no se puede tener al perro en las habitaciones.

—¡Pobrecito!— repitió Lelia, a punto de llorar.

Sus cejas negras se levantaron como las alas de una golondrina que va a volar. Mamá dijo:

—Nuestros amigos los Dogayev me han prometido hace mucho tiempo un perrito precioso que sabe hacer una porción de juegos, mientras que Bribón no sabe nada.

—¡Pobrecito! — repitió Lelia, pero renunció a la idea de llorar.

De nuevo llegaron hombres desconocidos y llenaron de ruidos numerosos la casa. Se hablaba muy poco y no se reía en absoluto. Asustado de aquellos hombres, presintiendo alguna desgracia, Bribón huyó a la extremidad del jardín y desde allí, a través de los setos, miraba fijamente lo que pasaba sobre la terraza y junto a la casa.

—¿Estás aquí, mi pobre Bribón? — dijo Lelia acercándose a él.

Estaba vestida de viaje, con el vestido obscuro que él había desgarrado por un extremo y con una blusa negra.

—¡Ven conmigo!

Llegaron al camino. La lluvia tan pronto cesaba como volvía a empezar, y todo el espacio entre la tierra ennegrecida y el cielo, estaba lleno de nubes flotantes. Desde abajo se veía bien hasta qué punto eran esas nubes pesadas e impenetrables a la luz, por el agua de que estaban henchidas. El pobre sol debía aburrirse mucho detrás de aquel espeso muro.

A la izquierda del camino se extendía un campo negro. En el horizonte, que parecía tocarse, se veían grupos aislados de árboles y breñas. A poca distancia, había una taberna cubierta con un techo de hierro. Cerca de la taberna, un grupo de hombres hacía rabiar al idiota del pueblo.

—¡Dadme un copek! — pedía con voz lastimera.

—¿Y no quieres partir leña? — le respondían burlándose de él.

Se enfadaba y los otros se reían sin gana.

Un rayo de sol atravesó las nubes; era un rayo amarillo y anémico, como si el sol estuviera gravemente enfermo. Todo lo envolvía la tristeza de otoño.

—¡Esto es aburrido, mi pobre Bribón! —dijo Lelia y sin mirar atrás, volvió sobre sus pasos.

Hasta que estuvo en la estación, no se acordó de que no se había despedido de Bribón.

Bribón corrió mucho tiempo en busca de la gente, llegó hasta la estación y sucio y mojado, volvió a la casa desierta. Allí hizo un nuevo juego que no pudo ver nadie: subió por primera vez a la terraza y enderezándose sobre sus patas traseras, miró la casa por la puerta de cristales y aun la arañó con su pata. Pero la casa estaba vacía y nadie le respondió.

Caía una fuerte lluvia. Las tinieblas de otoño descendían sobre la tierra. Llenaron rápidamente la casa desierta, saliendo sin ruido de la maleza y cayendo con la lluvia del cielo sombrío. En la terraza, de donde se había quitado el toldo, lo que la hacía más vasta y extrañamente vacía, la luz se resistió algún tiempo en su lucha contra las tinieblas, iluminando las huellas de los pies sucios; pero pronto la luz cedió.

Llegó la noche.

Y cuando ya no quedaba duda de que todo estaba negro y desierto, el perro lanzó un largo gemido, quejumbroso. Añadió una nota lúgubre y desesperada en el ruido monótono y melancólico de la lluvia, que penetró en las tinieblas y se extendió por el campo negro y desnudo.

El perro aullaba metódicamente, con insistencia, con la tranquilidad de la desesperación. Quien le hubiera oído, hubiera podido creer que era la negra noche misma quien lloraba la luz extinguida y hubiera sentido un profundo deseo de estar al calor, cerca del fuego, teniendo estrechamente abrazada contra su corazón a una mujer amada.

El perro seguía ladrando.

Leonidas Andreiew

Los Pájaros y Los Insectos Son Excelentes Vigilantes de Los Jardines

Las líneas que siguen parecerán tal vez lo que se llama una novela de historia natural. Desengañáos: lo que vamos a decir es el resultado de largas y pacientes observaciones hechas en plena campiña, en jardines, pequeños y grandes, más o menos cerrados, a donde los insectos tienen libre acceso.

Luego, esta facilidad de penetrar sobre una superficie cultivada ofrece las mismas probabilidades para los insectos perjudiciales que para los útiles, destructores de los primeros.

Es menester sacrificar, simplemente, un rincón del jardín, un espacio restringido; pero bien expuesto, que dejaréis completamente inculto y que no se removerá nunca. Ahora vamos a dar los medios precisos, tan elementales como poco costosos. El pequeño rincón constituirá el cuerpo de guardia de los protectores de vuestras legumbres y frutas. Esos numerosos y fieles auxiliares vivirán allí y se multiplicarán sin ser molestados. Harán un verdadero servicio de policía en la parte cultivada, destruyendo los insectos nocivos, sea exterminándolos directamente, sea inutilizándolos.

Comencemos por organizar normalmente el pequeño rincón en cuestión. Debe recibir el sol durante la mayor parte del día. Si está limitado por un muro, situado debajo de piedras, bastante voluminosas, irregularmente, con pequeños espacios entre ellas. Proporcionaréis así refugios a los carabos dorados, a los sapos, enemigos de las babosas y de otras larvas que se adhieren a la superficie del suelo, o de otros insectos que circulan accidentalmente por el suelo. No hablaremos del sapo gris, tan común, que todos conoceréis seguramente. Debéis tratar de aclimatarlo, de protegerlo. Es feo, repugnante, pero ¡qué precioso auxiliar!... Hemos hablado de los carabajos dorados o jardineros, elegantes coleópteros de un bello verde metálico, de aspecto vivaz, siempre en busca de una presa y que también es muy útil en el jardín. Si lo introducís en un rincón donde se sienta en plena



El rincón de los bichos útiles.

seguridad habréis ganado mucho. La larva es tan activa como el insecto perfecto, lo que es mucho decir... Con el jardinero y varios sapos, las babosas, grandes o pequeñas, se harán raras.

La vigilancia de la superficie del suelo es de lo más fácil. Exterminar los pulgones, las orugas, es otra cosa. Estas bestezuelas viven sobre los árboles y saben disimularse. No se constata su presencia más que por sus destrozos, y entonces es demasiado tarde para combatirlos, aunque parezca increíble. No hay más que un medio: es oponer a estos enemigos otros insectos que los maten o paralicen. Para atraer estos bichos, terminaréis la organización racional del rinconcillo que les abandonaréis.

Estábamos en que deben situarse entre las piedras. Todo alrededor sembraréis hierbas sueltas que os darán un césped tupido; sobre todo, no olvidéis las umbelíferas. Son ellas que atraerán y retendrán los destructores de insectos nocivos. Podréis ver los días de mucho sol todo un mundo de insectos agitarse, circular sobre las umbelas, revolotear por todos lados, ir y venir, siempre a la búsqueda de una víctima... Si deseáis, vamos a pasarles revista.

He aquí, primero, los hymenópteros trepidantes, de tamaños muy diferentes. Los más grandes son los ichneumons, con un largo taladro, con las que atacan las orugas. Otras más pequeñas ponen huevos sobre los coccidos, cuyas picaduras debilitan los árboles frutales.

Veamos ahora una sirfe de manchas amarillas que cuida particularmente entre los groselleros. Cada uno en su rol,



Oruga y jardinero atacándola.

la policía queda establecida para cada árbol, para cada rincón de vuestro jardín!...

En el mundo de las moscas propiamente dichas, las formas varían, pero hay una familia, la de las taquinarias, cuyas numerosas especies son las protectoras de la recolección de frutos. Algunas se posan febrilmente sobre una umbela, es la echynomia salvaje, con su abdomen velludo, amarillo y negro; este bicho extermina las orugas. He ahí las ocypteras, alargadas, que se asemejan a ciertos mymenópteros... Al lado de esos encantadores insectos que retienen nuestra mirada por la diversidad de sus formas y de sus colores, encontramos pequeñas moscas que se asemejan a las moscas domésticas. Lejos de ser perjudiciales, hacen una guerra activa a ciertas larvas nocivas.



Flor de umbelífera atacada por tres moscas venenosas.

Tratad de atraer y guardar en vuestro jardín los insectos útiles que exterminan a los destructores de los frutales. Reservadles un pequeño rincón y no los descuidéis, no olvidando de sembrar umbelíferas que serán siempre su mejor refugio.

ES BASTANTE COMPLICADA LA CONFECCION DE LOS ALFILERES COMUNES

La preparación de los alfileres es las agujas, de que ya hemos tratado en bastante menos complicada que la de otra ocasión. La materia prima está constituída por unos discos o placas de latón, de figura oval, que en el laminador se hacen aproximadamente circulares. Entonces su diámetro viene a ser de unos 75 centímetros y su espesor medio de 4 milímetros. Determinado el centro, sin necesidad de hacerlo con precisión, se colocan sobre una máquina, llamada "tijera circular", que permite darles redondez completa.

Se procede entonces a recortar esa placa en forma de hilo, lo que se hace por medio de la máquina representada en la figura 1. La longitud del hilo, proporcionado por cada placa, varía entre 100 y 120 metros. Este hilo, de sección cuadrada, pasa a la máquina de alambrar, donde se redondea y alarga, pasando por diez hileras antes de ser arrollado en la bobina o tambor, adquiriendo el grosor de 1 mm. 3 como máximo.

El hilo, sea de acero, de hierro o de latón, es llevado entonces a cilindros giratorios que han de convertirlo en alfileres. Empujado entre varillas rígidas para enderezarlo, viene a presentar su extremidad a un pequeño mazo provisto de una tuerca que en tres golpes, dados con una rapidez desconcertante, forma la cabeza. Una tijera secciona entonces el alfiles, que cae por un conducto escurridizo que lleva una pequeña hendedura donde se engancha el cuerpo del alfiler que sólo es retenido por la cabeza. El alfiler cae en la parte inferior a una especie de tolva, donde es retenido por la cabeza en posición vertical, pasando el vástago a través de otra pequeña hendedura. Por debajo y frotando la hilera de alfileres, una larga muela gira a gran velocidad alrededor de un eje horizontal.

En este momento interviene una regla de impulsión animada de cuatro movimientos. En primer lugar es rechazada hacia atrás, alejándose del cuerpo de la máquina. Un segundo movimiento, transversal esta vez, la lleva al lado de los alfileres que acaban de ser cortados. El tercer movimiento la acerca a la máquina y le hace aplicar los alfileres contra la muela, y, por fin, el cuarto movimiento la vuelve a su punto de partida, reanudándose en seguida la serie. Llegados los alfileres a la extremidad de la tolva, caen sobre una cajita dispuesta para recibirlos, y entonces están ya enteramente terminados y han adquirido la forma que nos es tan familiar. Algunos instantes han bastado para la fabricación: pues la máquina, por término medio, produce 180 por minuto.

Una gran sala de fabricación de alfileres, puede tener 120 máquinas, que funcionan todas a la vez con un ruido ensordecedor, y cada obrera u obrero puede dirigir ocho de esas máquinas. Si trabajasen todas a un tiempo, durante una jornada de 10 horas podrían dar doce millones novecientos sesenta mil alfileres.

Si éstos se usaran tal como salen de la máquina, se oxidarían, y pronto quedarían fuera de uso. Para impedir esta oxidación, los alfileres de hierro, cobre o acero, previamente latonizados por la golvanoplastia, son blanqueados en caliente, en un baño de sal de estaño. Después se lavan en agua varias veces y luego se colocan entre aserrín de madera en toneles giratorios, donde quedan de 5 a 10 minutos, siendo luego transportados a una especie de hornero o aventadora, que rechaza el aserrín afuera, mientras que los alfileres, ya terminados, quedan en la parte inferior. Entonces se clavan en papeles por medio de una máquina, que coloca 12 hileras de 40 alfileres cada una en menos de un minuto. Los alfileres son vendidos para el comercio mayorista en series de dos cajas de a 22 hojas, o sea 11.520 alfileres. Una obrera puede acomodar en un día hasta 300.000.

Un Niño Coloso

Una galería de niños notables no estaría completa si no figurase en ella el hercúleo Juanito Trúnley, razón por la cual le dedicamos hoy esta nota, a pesar de no ser desconocido para el público.



Tomando un bocadillo

El 14 de octubre de 1898, vino al mundo este niño, hijo de un obrero inglés. El muchacho mostraba una voracidad desesperante y se desarrolló de tal modo que a los 6 años pesaba más de 65 kilos y tenía 1m17 de estatura. Imagináos lo que será ahora que tiene 28 años. ¡Todo un coloso!

Lejos de ser débil o enfermizo, como pudiera presumirse en vista de un desarrollo tan extraordinario, Juanito tenía tanta fuerza que levantaba en peso sin dificultad a su padre. Era de carácter alegre y le gustaba jugar con otros niños, pero cuando se enfadaba había que temerle, porque se ponía tendido boca arriba y daba unos formidables puntapiés.

El padre debía desplegar toda su agilidad y fuerza para levantarlo y dominarlo.

El niño coloso era de inteligencia mucho más desarrollada que los otros chicos de su edad, pero desgraciadamente ninguna escuela quiso recibirle por temor de que matase de un golpe a algún condiscípulo en un momento de amistosa expansión.

No obstante sus pocos conocimientos, gana más que muchos hombres de carrera, exhibiéndose al público.

Amiguitos de CRITICA vistos por Bravo



EL ZAREVICH CABRITO

POR AFANASIEV

ILUSTRÓ



Eran un zar y una zarina que tenían un hijo y una hija. El hijo se llamaba Ivanuchka y la hija Alenuchka.

Cuando el zar y la zarina murieron, los hijos, como no tenían ningún pariente, se quedaron solos y decidieron irse a recorrer el mundo.

Se pusieron en camino y anduvieron hasta que el sol subió en el cielo a su mayor altura y sus rayos les quemaban implacablemente, haciéndoles ahogarse de calor sin ver a su alrededor vivienda alguna que les sirviera de refugio, ni árbol a la sombra del cual pudieran acogerse.

En la extensa llanura percibieron un estanque, al lado del cual pastaba un rebaño de vacas.

—Tengo sed—dijo Ivanuchka.

—No bebas, hermanito, porque si bebes te transformarás en un ternero—le advirtió Alenuchka.

Ivanuchka obedeció y ambos siguieron su camino.

Anduvieron un buen rato y llegaron a un río, a la orilla del cual pacía una manada de caballos.

—¡Oh hermanita! ¡Si supieras qué sed tengo!—dijo otra vez Ivanuchka.

—No bebas hermanito, porque te transformarás en un potro.

Ivanuchka obedeció y continuaron andando; después de andar mucho tiempo vieron un lago, al lado del cual pacía un rebaño de ovejas.

—¡Oh hermanita! ¡Quiero beber!

—No bebas, Ivanuchka, que te trnsformarás en un corderito.

Obedeció el niño otra vez; siguieron adelante y llegaron a un arroyo, junto al cual los pastores vigilaban a una piara de cerdos.

—¡Oh hermanita! ¡Ya no puedo más, tengo una sed abrasadora!—exclamó Ivanuchka.

—No bebas hermanito, porque te transformarás en un lechoncito.

Otra vez obedeció Ivanuchka, y ambos siguieron adelante. Anduvieron, anduvieron; el sol estaba todavía alto en el cielo y quemaba como antes; el sudor les corría por todo el cuerpo y todavía no habían podido encontrar ninguna vivienda. Al fin vieron un rebaño de cabras que pacía cerca de una laguna.

—¡Oh hemanita! ¡Ahora sí que beberé!

—¡Por Dios, hermanito, no bebas, porque te transformarás en un cabrito!

Pero esta vez Ivanuchka no pudo soportar más la sed y, no haciendo caso del aviso de su hermana, bebió agua de la laguna, y en seguida se transformó en un cabrito que daba saltos y brincos delante de su hermana y balaba:

—¡Beee!, ¡beee!, ¡beee!

La desconsolada Alenuchka le ató al cuello un cordón de seda y se lo llevó consigo llorando amargamente.

Un día, el Cabrito, que iba suelto y corría y saltaba alrededor de su hermana, penetró en el jardín del palacio de un zar.

La servidumbre los vió y uno de los criados anunció al zar:

—Majestad, en el jardín de tu palacio hay una joven que lleva un cabrito atado con un cordón de seda; es tan hermosa que no se puede describir su belleza.

El zar ordenó que se enterasen de quién era tal joven.

Los servidores le preguntaron quién era y dónde venía, y ella les contó su historia, diciéndoles:

—Mi hermano era zarevich y yo zarevna. Al morir nuestros padres y quedar huérfanos nos fuímos de casa para conocer el mundo, y el zarevich, no pudiendo soportar la sed que tenía, bebió agua de una laguna encantada y se transformó en un cabrito.

Los servidares refirieron al zar todo lo que habían oído y éste hizo llamar a Alenuchka, para enterarse detalladamente de su vida.

El zar quedó tan encantado de Alenuchka que quiso casarse con ella, y al poco tiempo celebraron la boda, y vivían felices y contentos. El Cabrito, que estaba siempre con ellos, paseaba durante el día por el jardín, por la noche dormía en una habitación de palacio y para comer se sentaba a la mesa con el zar y la zarina.

Llegó un día en que el zar se fué de caza, y mientras tanto, una hechicera, por medio de sus artes de magia, hizo enfermar a la zarina, y la pobre Alenuchk adeigazó y se puso pálida como la cera. En el palacio y en el jardín todo tomó un aspecto triste; las flores se marchitaron, las hojas de los árboles se secaron y las hierbas se agostaron.

El zar, al volver de caza y ver a su mujer tan cambiada, le preguntó:

—¿Qué te pasa? ¿Estás enferma?

—Sí; no estoy bien—contestó ella.

Al día siguiente el zar se fué otra vez de caza mientras que Alenuchka guardaba cama. Vino a verla la hechicera y le dijo:

—¿Quiéres curarte? Pues vete a la orilla del mar y bebe su agua al amanecer y al anochecer durante siete días.

La zarina hizo caso del consejo, y al llegar el crepúsculo se dirigió a la orilla del mar, donde aguardaba ya la hechicera, la cual la cogió, le ató al cuello una piedra y la echó al mar; Alenuchka se sumergió en seguida. El Cabrito, presintiendo la desdicha, corrió hacia el mar, y al ver desaparecer a su hermana prorrumpió en un llanto amarguísimo.

Entretanto la hechicera se vistió como la zarina, se presentó en palacio y empezó a gobernar.

Llegó el zar de caza y, sin notar el engaño, se alegró mucho al ver que la zarina había recobrado la salud. Sirvieron la cena y se pusieron a cenar.

—¿Dónde está el Cabrito?—preguntó el zar.

—Estamos mejor sin él—contestó la hechicera—; he ordenado que no lo dejen entrar, porque me molesta su olor a cabrío.

Al día siguiente, apenas el zar se fué de caza, la hechicera se puso a pegar al pobre Cabrito, y mientras le apaleaba, le decía:

—¡Aguarda, que en cauto vuelva el zar le pediré que te maten!

Apenas el zar regresó, la hechicera empezó a convencerle a fuerza de súplicas:

—¡Da orden de que maten al Cabrito! Me ha fastidiado de tal modo, que no quiero verlo más.

Al zar le dió lástima, pero no pudo defenderlo porque la zarina le suplicaba con tanta tenacidad que no tuvo más remedio que consentir que lo matasen.

Pocas horas después, el Cabrito, viendo que ya estaban afilando los cuchillos para cortarle la cabeza, corrió al zar y le rogó:

—¡Señor! Permíteme ir a la orilla del mar para beber allí agua y limpiar mis entrañas.

El zar le dió permiso y el Cabrito corrió a toda prisa hacia el mar. Se paró en la orilla y exclamó con voz lastimera:

—¡Alenuchka, hermanita mía, sal a la orilla! ¡Han encendido ya las hogueras, las calderas están llenas de agua hirviente, están afilando los cuchillos de acero para matarme! ¡Pobre de mí!

Alenuchka le contestó:

—¡Ivanuchka, hermanito mío, la piedra que está atada a mi cuello pesa demasiado; las algas sedosas se enredaron a mis pies; la arena amarilla se amontonó sobre mi pecho; la feroz serpiente ha chupado toda la sangre de mi corazón!

El pobre Cabrito se echó a llorar y se volvió a palacio.

A mediodía vino otra vez a pedir permiso al zar, diciéndole:

—¡Señor! Permítame ir a la orilla del mar para beber agua y limpiar mis entrañas.

El zar volvió a darle permiso y el Cabrito corrió a todo correr hacia el mar, se paró en la orilla y exclamó:

—¡Alenuchka, hermana mía, sal a la orilla! ¡Han encendido ya las hogueras, las calderas están llenas de agua hivviente, están afilando los cuchillos de acero para matarme! ¡Pobre de mí!

Alenuchka le contestó:

—¡Ivanuchka, hermanito mío, la piedra que está atada a mi cuello pesa demasiado; las algas sedosas se enredaron a mis pies; la feroz serpiente ha chupado toda la sangre de mi corazón!

El pobre Cabrito se echó a llorar y volvió otra vez a palacio. Entonces el zar pensó:

"¿Por qué el Cabrito quiere ir siempre a la orilla del mar?"

Y cuando vino por tercera vez a pedirle permiso diciéndole: "¡Señor! Déjame ir a la orilla del mar para beber agua y lavar mis entrañas", le dejó ir y se fué tras él.

Llegados a la orilla, oyó al Cabrito, que llamaba a su hermana:

—¡Alenuchka, hermana mía, sal a la orilla! ¡Han encendido ya las hogueras, las calderas están llenas de agua hirviente, están afilando los cuchillos de acero para matarme! ¡Pobre de mí!

Alenuchka le contestó:

—¡Ivanuchka, hermano mío, la piedra que está atada a mi cuello pesa demasiado; las algas sedosas se enredaron a mis pies; la arena amarilla se amontonó sobre mi pecho; la feroz serpiente ha chupado toda la sangre de mi corazón!

Pero el Cabrito empezó a suplicar, llamándola con voz ternísima, y entonces Alenuchka, haciendo un gran esfuerzo, subió de las profundidades del mar y apareció en la superficie. El zar la cogió, desató la piedra que tenía atada al cuello, la sacó a la orilla y le preguntó lleno de asombro:

—¿Cómo te ha sucedido tal desgracia?

Ella le contó todo, el zar se alegró muchísimo y el Cabrito también, manifestando su alegría con grandes saltos. Los árboles del jardín de palacio reverdecieron y todo alrededor de palacio se llenó de risa y júbilo.

En cuanto a la hechicera, el zar dió orden de ejecutarla. En el centro del patio encendieron una gran hoguera y en ella quemaron a la bruja.

Después de haber hecho justicia, el zar, su mujer y el Cabrito vivieron felices y en paz, aumentando sus bienes y sin separarse nunca.

EL GIGANTE VERLIOKA



En tiempos remotos vivían en una cabaña un anciano con su mujer y dos nietas huérfanas, y tan preciosas y dóciles, que sus abuelos estaban constantemente alabándolas.

Un día el anciano sembró en su huerto guisantes. Los guisantes crecieron y se cubrieron de flores; el anciano contemplaba su huerto con gran satisfacción, pensando para sus adentros:

"Durante todo el invierno próximo podré comer pasteles con guisantes."

Pero, para desgracia del anciano, los gorriones invadieron el huerto y empezaron a picotear los guisantes. Viendo en peligro su cosecha, mandó a su nieta menor que espantase los gorriones, y ésta, provista de una rama seca, se sentó en el huerto al lado de los guisantes y empezó a amenazar a los pájaros malhechores, gritándoles:

—¡Fuera, fuera, gorriones! ¡No os comáis los guisantes de mi abuelito!

De pronto se oyó un espantoso ruido por el lado del bosque y apareció el gigante Verlioka. Era de un aspecto terrible: tenía un solo ojo, la nariz como un garfio, la barba como un haz de paja el bigote de una vara de largo y la cabeza cubierta con púas de puerco espín; andaba apoyándose en un enorme cayado y sonreía con una risa espantosa.

Cuando se encontraba con algún ser humano le estrechaba entre sus robustos brazos hasta que le hacía crujir los huesos y lo mataba. No tenía piedad ni de viejos ni de jóvenes. Apenas Verlioka divisó a la nieta del anciano, la mató con su cayado.

El abuelo esperó un rato a la niña, y al ver que no volvía, envió a buscarla a su nieta mayor; pero Verlioka la mató también.

El anciano, cansado de esperarlas, perdió la paciencia y dijo a su mujer:

—¿Por qué tardan tanto en volver las niñas? Se habrán entretenido charlando con los mozos; mientras tanto los gorriones devorarán mis guisantes. Vete y llámalas a casa.

La anciana bajó de su lecho, sobre la estufa, cogió un bastón, salió al patio y se encaminó al huerto, donde se encontró a sus nietas sin vida; al percibir a Verlioka comprendió que aquella desgracia era obra del gigante, y, llena de dolor y de ira, se abalanzó a él y se agarró a sus barbas, con lo que Verlioka la mató con mucha más facilidad.

En tanto, el anciano, lleno de impaciencia, se levantó de la mesa, rezó sus oraciones y se fué despacito al huerto para ver lo que les había sucedido a su mujer y a sus nietas. Una vez allí vió a sus queridas niñas tendidas en el suelo como si durmiesen tranquilamente; pero una de ellas tenía toda la frente ensangrentada y en el cuello de la otra se veía la señal de cinco dedos; en cuanto a la anciana, estaba tan destrozada que era imposible reconocerla.

El desgraciado viejo lloró con desconsuelo, gimiendo y lamentándose durante un largo rato; pero poco a poco se tranquilizó, volvió a su cabaña, cogió un cayado de hierro y, lleno de ira y de ideas de venganza, se dirigió en busca ded Verlioka para matarlo.

Después de andar bastante tiempo llegó a un estanque donde estaba nadando una Oca sin cola, la cual al ver al anciano empezó a gritarle:

—¡Así! ¡Así! Estaba segura de que vendrías; por eso te esperaba. ¿Cómo te va, abuelo?

—Buenos días, Oca. ¿Por qué me esperabas?

—Porque sabía que no perdonarías ni aun al mismo Verlioka la muerte de tu mujer y de tus nietas.

—¿Y tú conoces a ese monstruo?

—¡Ya lo creo! ¿Cómo no he de conocerle? Me acuerdo muy bien del día en que se puso a pegar en este mismo sitio a un desgraciado. Yo entonces tenía la costumbre de decir ¡ay!, ¡ay!, y mientras Verlioka se divertía en la orilla, yo le gritaba sentada en el agua: "¡Ay!, ¡ay!". Entonces él, después de matar a aquel pobre hombre, corrió a mí, gritándome: "¡Yo te enseñaré a defender a los demás!" Y me cogió por la cola. Pero yo nunca he sido cobarde y, haciendo un esfuerzo, me escapé, dejando mi cola entre sus manos espantosas. Claro está que la cola no es una cosa imprescindible; pero, de todos modos, siento haberla perdido y nunca se lo perdonaré a Verlioka. Desde entonces no soy tan tonta, y ya no grito "¡Ay! ¡ay!", sino que siempre apruebo: "¡Así!, ¡así!, ¡así!"; de lo que resulta que vivo más tranquila y la gente me respeta más. Todos dicen: "Esta oca no tendrá cola, pero es muy lista".

—Está bien — dijo el anciano; entonces, ¿podrías enseñarme dónde vive Verlioka?

—¡Así! ¡Así! — contestó la Oca, saliendo del agua, y balanceándose sobre sus torpes patas se encaminó por la orilla, delante del anciano.

Así anduvieron hasta que se encontraron en el camino una Cuerdecita, que les dijo:

—Buenos días, abuelito.

—Buenos días, Cuerdecita.

—¿Cómo estás? ¿Adónde vas?

—Estoy ni bien ni mal y voy a castigar a Verlioka, quien ha ahogado a mi vieja mujer y matado a mis dos nietas. ¡Tan hermosas y buenas como eran!

—Conocía a tus nietas y a tu mujer y quiero ayudarte. ¡Llévame contigo!

El anciano pensó: "¡Quién sabe! Quizá me sirva para atar a Verlioka". Y contestó:

—Pues bien, ven con nosotros si conoces el camino.

La Cuerdecita se arrastró tras ellos como si fuese una culebra. Anduvieron los tres un buen rato y vieron un Pisón tendido en la carretera, el cual les dijo:

—Buenos días, abuelito.

—Buenos días, Pisón.

—¿Cómo estás? ¿Adónde vas?

—Estoy ni bien ni mal y voy a castigar a Verlioka, que ha ahogado a mi vieja mujer y matado a mis dos nietas. ¡Si supieses qué hermosas y buenas eran!

—Llévame contigo y te ayudaré.

—Bueno, anda si conoces el camino — le dijo el anciano, pensando: "Realmente, el Pisón podrá ayudarnos mucho".

El Pisón se levantó, se apoyó con el asa en el suelo y se puso a caminar a saltos. Así anduvieron hasta que encontraron una Bellota, que les dijo:

—Buenos días, abuelito.

—Buenos días, Bellota.

—¿Adónde vas?

—Voy a matar a Verlioka; no sé si lo conocerás.

—Ya lo creo que lo conozco. Es necesario castigarlo; llévame contigo y te ayudaré.

—Pero tú, de qué me vas a servir?

—No me desprecies, abuelito. Acuérdate del proverbio que dice: "No escupas en el pozo, porque tendrás que beber su agua".

El anciano pensó: "No hay inconveniente en que venga con nosotros; cuanta más gente haya, mejor será."

Y luego, en alta voz, dijo:

—Vente detrás.

Pero la Bellota se puso a saltar delante de todos.

Al fin llegaron a un espeso bosque y vieron una cabaña en cuyo interior no había nadie. La lumbre del horno estaba apagada y sobre el hogar había un puchero lleno de gachas de mijo.

La Bellota se metió de un salto en el puchero, la Cuerdecita se tendió en el umbral de la puerta, el Pisón se subió encima de ésta, la Oca se sentó detrás de la estufa y el anciano se escondió en un rincón al lado de la puerta.

Pronto llegó Verlioka, echó un haz de leña al suelo y se puso a encender la lumbre del horno. Entonces la Bellota, desde dentro del puchero, empezó a cantar:

—¡Pi, pi, pi, han venido a matar a Verlioka!

—¡Calla, papilla de mijo, o te echaré en el cubo! — exclamó Verlioka.

Pero la Bellota no le obedeció y siguió cantando su canción. Verlioka se enfadó, cogió el puchero y de un golpe vertió las gachas en el cubo. Al choque la Bellota saltó y fué a dar en el único ojo de Verlioka, dejándole ciego. El gigante quiso escapar y echó a correr; pero apenas llegó al umbral, la Cuerdecita se le enredó a los pies y le tiró al suelo. El Pisón saltó de la puerta, y el anciano se precipitó sobre Verlioka desde el rincón donde estaba escondido y ambos se pusieron a pegarle. Mientras tanto, la Oca, sentada detrás de la estufa, aprobaba diciendo: "¡Así!, ¡así!, ¡así!"

Esta vez no le sirvió a Verlioka su fuerza, pues el anciano, con la ayuda de sus buenos amigos, logró matarlo y librar a la gente de un monstruo espantoso.

G. COURTIS

LA RANA ZAREVNA

CUATRO CUENTOS

G. COURTIS



En un reino muy lejano reinaban un zar y una zarina que tenían tres hijos. Los tres eran solteros, jóvenes y tan valientes que su valor y audacia eran envidiados por todos los hombres del país. El menor se llamaba el zarevich Iván.

Un día les dijo el zar:

—Queridos hijos: Tomad cada uno una flecha, tended vuestros fuertes arcos y disparadla al acaso, y donde quiera que caiga, allí iréis a escoger novia para casaros.

Lanzó su flecha el hermano mayor y cayó en el patio de un boyardo, frente al torreón donde vivían las mujeres; disparó la suya el segundo hermano y fué a caer en el patio de un comerciante, clavándose en la puerta principal, donde a la sazón se hallaba la hija, que era una joven hermosa. Soltó la flecha el hermano menor y cayó en un pantano sucio al lado de una rana.

El atribulado zarevich Iván dijo entonces a su padre:

—¿Cómo podré, padre mío, casarme con una rana? No creo que sea ésa la pareja que me esté destinada.

—¡Cásate — le contestó el zar, — puesto que tal ha sido tu suerte!

Y al poco tiempo se casaron los tres hermanos: el mayor con la hija del boyardo, el segundo con la hija del comerciante e Iván con la rana.

Algún tiempo después el zar les ordenó:

—Que vuestras mujeres me hagan, para la comida, un pan blanco y tierno.

Volvió a su palacio el zarevich Iván muy disgustado y pensativo.

—¡Kwa, kwa, Iván Zarevich! ¿Por qué estás tan triste? — le preguntó la Rana. —¿Acaso te ha dicho tu padre algo desagradable o se ha enfadado contigo?

—¿Cómo quieres que no esté triste? Mi señor padre te ha mandado hacerle, para la comida, un pan blanco y tierno.

—¡No te apures, zarevich! Vete, acuéstate y duerme tranquilo. Por la mañana se es más sabio que por la noche — le dijo la Rana.

Acostóse el zarevich y se durmió profundamente; entonces la Rana se quitó la piel y se transformó en una hermosa joven llamada la Sabia Basilisa, salió al patio y exclamó en alta voz:

—¡Criadas! ¡Preparadme un pan blanco y tierno como el que comía en casa de mi querido padre!

Por la mañana, cuando despertó el zarevich Iván, la rana tenía ya el pan hecho, y era tan blanco y delicioso que no podía imaginarse nada igual. Por los lados estaba adornado con dibujos que representaban las poblaciones del reino, con sus palacios y sus iglesias.

El zarevich Iván presentó el pan al zar; éste quedó muy satisfecho y le dió las gracias; pero en seguida ordenó a sus tres hijos:

—Que vuestras mujeres me tejan en una sola noche una alfombra cada una.

Volvió el zarevich Iván muy triste a su palacio, y se dejó caer con gran desaliento en un sillón.

—¡Kwa, kwa, zarevich Iván! ¿Por qué estás tan triste? — le preguntó la Rana. — ¿Acaso te ha dicho tu padre algo desagradable o se ha enfadado contigo?

—¿Cómo quieres que no esté triste cuando mi señor padre te ha ordenado que tejas en una sola noche una alfombra de seda?

—¡No te apures, zarevich! Acuéstate y duerme tranquilo. Por la mañana se es más sabio que por la noche.

Acostóse el zarevich y se durmió profundamente; entonces la Rana se quitó su piel y se transformó en la Sabia Basilisa; salió al patio y exclamó:

—¡Viento impetuoso! ¡Tráeme aquí la misma alfombra sobre la cual solía sentarme en casa de mi querido padre!

Por la mañana, cuando despertó Iván, la Rana tenía ya la alfombra tejida, y era tan maravillosa que es imposible imaginar nada semejante. Estaba adornada con oro y plata y tenía dibujos admirables.

Al recibirla el zar se quedó asombrado y dió las gracias a Iván; pero no contento con esto ordenó a sus tres hijos que se presentasen con sus mujeres ante él.

Otra vez volvió triste a su palacio Iván Zarevich; se dejó caer en un sillón y apoyó en su mano su cabeza.

—¡Kwa, kwa, zarevich Iván! ¿Por qué estás triste? ¿Acaso te ha dicho tu padre algo desagradable o se ha enfadado contigo?

—¿Cómo quieres que no esté triste? Mi señor padre me ha ordenado que te lleve conmigo ante él. ¿Cómo podré presentarte a ti?

—No te apures, zarevich. Ve tú solo a visitar al zar, que yo iré más tarde; en cuanto oigas truenos y veas temblar la tierra, diles a todos: "Es mi rana, que viene en su cajita".

Iván se fué solo a palacio. Llegaron sus hermanos mayores con sus mujeres engalanadas, y al ver a Iván solo empezaron a burlarse de él, diciéndole:

—¿Cómo es que has venido sin tu mujer?

—¿Por qué no la has traído envuelta en un pañuelo mojado?

—¿Cómo hiciste para encontrar una novia tan hermosa?

—¿Tuviste que rondar por muchos pantanos?

De repente retumbó un trueno formidable, que hizo temblar todo el palacio; los convidados se asustaron y saltaron de sus asientos sin saber qué hacer; pero Iván les dijo:

—No tengáis miedo: es mi Rana, que viene en su cajita.

Llegó al palacio un carruaje dorado tirado por seis caballos, y de él se apeó la Sabia Basilisa, tan hermosísima, que sería imposible imaginar una belleza semejante. Acercóse al zarevich Iván, se cogió a su brazo y se dirigió con él hacia la mesa, que estaba dispuesta para la comida. Todos los demás convidados se sentaron también a la mesa; bebieron, comieron y se divirtieron mucho durante la comida.

Basilisa la Sabia bebió un poquito de su vaso y el resto se lo echó en la manga izquierda; comió un poquito de cisne y los huesos los escondió en la manga derecha. Las mujeres de los hermanos de Iván, que sorprendieron estos manejos, hicieron lo mismo.

Más tarde, cuando Basilisa la Sabia se puso a bailar con su marido, sacudió su mano izquierda y se formó un lago; sacudió la derecha y aparecieron nadando en el agua unos preciosísimos cisnes blancos; el zar y sus convidados asombrados al ver tal milagro. Cuando se pusieron a bailar las otras dos nueras del zar quisieron imitar a Basilisa: sacudieron la mano izquierda y salpicaron con agua a los convidados; sacudieron la derecha y con un hueso dieron al zar un golpe en un ojo. El zar se enfadó y las expulsó de palacio.

Entre tanto, Iván Zarevich, escogiendo un momento propicio, se fué corriendo a casa, buscó la piel de la Rana y, encontrándola, la quemó. Al volver Basilisa la Sabia buscó la piel, y al comprobar su desaparición quedó anonadada, se entristeció y dijo al zarevich:

—¡Oh, Iván Zarevich! ¿Qué has hecho, desgraciado? Si hubieses aguardado un poquitín más habría sido tuya para siempre; pero ahora, ¡adiós! Búscame a mil leguas de aquí; antes de encontrarme tendrás que gastar andando tres pares de botas de hierro y comerte tres panes de hierro. Si no, no me encontrarás.

Y diciendo esto se transformó en un cisne blanco y salió volando por la ventana.

Iván Zarevich rompió en un llanto desconsolador, rezó, se puso unas botas de hierro y se marchó en busca de su mujer. Anduvo largo tiempo y al fin encontró a un viejecito que le preguntó:

—¡Valeroso joven! ¿A dónde vas y qué buscas?

El zarevich le contó su desdicha.

—¡Oh, Iván Zarevich! — exclamó el viejo. — ¿Por qué quemaste la piel de la Rana? ¡Si no eras tú quien se la había puesto, no eras tú quien tenía que quitársela! El padre de Basilisa, al ver que ésta desde su nacimiento le excedía en astucia y sabiduría, se enfadó con ella y la condenó a vivir transformada en rana durante tres años. Aquí tienes una pelota — continuó; — tómala, tírala y síguela sin temor por donde vaya.

Iván Zarevich dió las gracias al anciano, tomó la pelota, la tiró y se fué siguiéndola.

Transcurrió mucho tiempo y al fin se acercó la pelota a una cabaña que estaba colocada sobre tres patas de gallina y giraba sobre ellas sin cesar. Iván Zarevich dijo:

—¡Cabaña, cabañita! ¡Ponte con la espalda hacia el bosque y con la puerta hacia mí!

La cabaña obedeció; el zarevich entró en ella y se encontró a la bruja Baba-Yaga, con sus piernas huesosas y su nariz que le colgaba hasta el pecho, ocupada en afilar sus dientes. Al oír entrar a Iván Zarevich gruñó y salió enfadada a su encuentro:

—¡Fiú, fiú! ¡Hasta ahora aquí ni se vió ni se olió a ningún hombre y he aquí uno que se ha atrevido a presentarse delante de mí y a molestarme con su olor! ¡Fa, Iván Zarevich! ¿Por qué has venido?

—¡Oh tú, vieja bruja! En vez de gruñirme, harías mejor en darme de comer y de beber y ofrecerme un baño, y ya después de esto preguntarme por mis asuntos.

Baba-Yaga le dió de comer y de beber y le preparó el baño. Después de haberse bañado, el zarevich le contó que iba en busca de su mujer, Basilisa la Sabia.

—¡Oh cuánto has tardado en venir! Los primeros años se acordaba mucho de ti, pero ahora ya no te nombra nunca. Ve a casa de mi segunda hermana, pues ella está más enterada que yo de tu mujer.

Iván Zarevich se puso de nuevo en camino detrás de la pelota; anduvo, anduvo hasta que encontró ante sí otra cabaña, también sobre patas de gallina.

—¡Cabaña, cabañita! ¡Ponte como estabas antes, con la espalda hacia el bosque y con la puerta hacia mí! — dijo el zarevich.

La cabaña obedeció y se puso con la espalda hacia el bosque y con la puerta hacia Iván, quien penetró en ella y encontró a otra hermana de Baba-Yaga sentada sobre sus piernas huesosas, la cual al verle exclamó:

—¡Fiú, fiú! ¡Hasta ahora por aquí nunca se vió ni se olió a ningún hombre, y he aquí uno que se ha atrevido a presentarse delante de mí y a molestarme con su olor! Qué, Iván Zarevich, ¿has venido a verme por tu voluntad o contra ella?

Iván Zarevich le contestó que más bien venía contra su voluntad.

—Voy — dijo — en busca de mi mujer, Basilisa la Sabia.

—¡Qué pena me das, Iván Zarevich! — le dijo entonces Baba-Yaga. — ¿Por qué has tardado tanto en venir? Basilisa la Sabia te ha olvidado por completo y quiere casarse con otro. Ahora vive en casa de mi hermana mayor, donde tienes que ir muy de prisa si quieres llegar a tiempo. Acuérdate del consejo que te doy: Cuando entres en la cabaña de Baba-Yaga, Basilisa la Sabia se transformará en un huso y mi hermana empezará a hilar unos finísimos hilos de oro que devanará sobre el huso; procura aprovechar algún momento propicio para robar el huso y luego rómpelo por la mitad, tira la punta detrás de ti y la otra mitad échala hacia delante, y entonces Basilisa la Sabia aparecerá ante tus ojos.

Iván Zarevich dió a Baba-Yaga las gracias por tan preciosos consejos y se dirigió otra vez tras la pelota.

No se sabe cuánto tiempo anduvo ni por qué tierras, pero rompió tres pares de botas de hierro en su largo camino y se comió tres panes de hierro.

Al fin llegó a una tercera cabaña, puesta, como las anteriores, sobre tres patas de gallina.

—¡Cabaña, cabañita! ¡Ponte con la espalda hacia el bosque y con la puerta hacia mí!

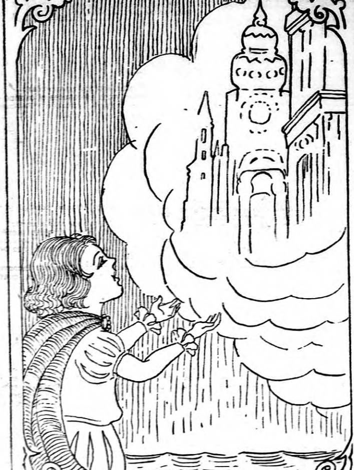
La cabaña le obedeció y el zarevich penetró en ella y encontró a la Baba-Yaga mayor sentada en un banco hilando, con el huso en la mano, hilos de oro; cuando hubo devanado todo el huso, lo metió en un cofre y cerró con llave. Iván Zarevich, aprovechando un descuido de la bruja, le robó la llave, abrió el cofrecito, sacó el huso y lo rompió por la mitad; la punta aguda la echó tras de sí y la otra mitad hacia delante, y en el mismo momento apareció ante él su mujer, Basilisa la Sabia.

—Hola, maridito mío! ¡Cuánto tiempo has tardado en venir! ¡Estaba ya dispuesta a casarme con otro!

Se cogieron de las manos, se sentaron en una alfombra volante y volaron hacia el reino de Iván.

Al cuarto día de viaje descendió la alfombra en el patio del palacio del zar. Este acogió a su hijo y nuera con gran júbilo, hizo celebrar grandes fiestas, y antes de morir legó todo su reino a su querido hijo el zarevich Iván.

EL NIÑO PRODIGIOSO



Erase un acreditado comerciante que vivía con su mujer y poseía grandes riquezas. Sin embargo, el matrimonio no era feliz porque no tenía hijos, cosa que deseaban ambos ardientemente, y para ello pedían a Dios todos los días que les concediese la gracia de tener un niño que les hiciese muy dichosos, y los sostuviera en la vejez.

Para agradar a Dios ayudaban a los pobres y desvalidos dándoles limosnas, comida y albergue; además de esto hicieron construir un gran puente a través de una laguna pantanosa próxima al pueblo, para que todas las gentes pudiesen servirse de él y evitarles tener que dar un gran rodeo. El puente costaba mucho dinero; pero a pesar de ello el comerciante llevó a cabo su proyecto y lo concluyó, en su afán de hacer bien a sus semejantes.

Una vez el puente terminado, dijo a su mayordomo Fedor:

—Vé a sentarte debajo del puente, y escucha bien lo que la gente dice de mí.

Fedor se fué, se sentó debajo del puente y se puso a escuchar. Pasaban por el puente tres virtuosos ancianos hablando entre sí, y decían:

—¿Con qué recompensaríamos al hombre que ha mandado construir este puente? Le daremos un hijo que tenga la virtud de que todo lo que diga se cumpla y todo lo que le pida a Dios le sea concedido.

El mayordomo, después de haber oído estas palabras, volvió a casa.

—¿Qué dice la gente, Fedor? — le preguntó el comerciante.

—Dice cosas muy diversas: según unos, has hecho una obra de caridad construyendo el puente, y según otros, lo has hecho sólo por vanagloria.

Aquel mismo año la mujer del comerciante dió a luz un hijo, al que bautizaron y pusieron en la cuna. El mayordomo, envidioso de la felicidad ajena y deseoso del mal de su amo, a media noche, cuando todos los de la casa dormían profundamente, cogió un pichón, le mató, manchó con la sangre la cama, los brazos y la cara de la madre, y robó al niño, dándole a criar a una mujer de un pueblo lejano.

Por la mañana los padres se despertaron y notaron que su hijo había desaparecido; por más que le buscaron por todas partes no pudieron encontrarle. Entonces el astuto mayordomo señaló a la madre como culpable de la desaparición.

—¡Se lo ha comido su misma madre! — dijo. — Mira, todavía tiene los brazos y los labios manchados de sangre.

Encolerizado el comerciante, hizo encarcelar a su mujer sin hacer caso de sus protestas de inocencia.

Así transcurrieron algunos años, y entretanto el niño creció y empezó a correr y a hablar. Fedor se despidió del comerciante, se estableció en un pueblo a la orilla del mar y se llevó al niño a su casa.

Aprovechándose del don divino del niño, le mandaba realizar todos sus caprichos diciéndole:

—Dí que quieres esto y lo otro y lo de más allá.

Y apenas el niño pronunciaba su deseo, éste se realizaba al instante.

Al fin un día le dijo:

—Mira, niño, pide a Dios que aparezca aquí un nuevo reino, que desde esta casa hasta el palacio del zar se forme sobre el mar un puente todo de cristal de roca y que la hija del zar se case conmigo.

El niño pidió a Dios lo que Fedor le decía, y en seguida, de una orilla a otra del mar, se extendió un maravilloso puente, todo él de cristal de roca, y apareció una espléndida población con suntuosos palacios de mármol, innumerables iglesias y altos castillos para el zar y su familia.

Al día siguiente, al despertarse el zar, miró por la ventana, y viendo el puente de cristal, preguntó:

—¿Quién ha construído tal maravilla?

Los cortesanos se enteraron y anunciaron al zar que había sido Fedor.

—Si Fedor es tan hábil — dijo el zar — le daré por esposa a mi hija.

Con gran rapidez se hicieron todos los preparativos para la boda y casaron a Fedor con la hermosa hija del zar. Una vez instalado Fedor en el palacio del zar, empezó a maltratar al niño; le hizo criado suyo, le reñía y pegaba a cada paso, y muchas veces le dejaba sin comer.

Una noche hablaba Fedor con su mujer, que estaba ya acostada, y el niño, escondido en un rincón obscuro, lloraba silenciosamente con desconsuelo; la hija del zar preguntó a Fedor cuál era la causa de su don maravilloso.

—Si antes sólo eras un pobre mayordomo, ¿cómo conseguiste tantas riquezas? ¿Cómo pudiste en una noche hacer el puente de cristal?

—Todas mis riquezas y mi poder mágico — contestó Fedor — las he obtenido de ese niño que habrás visto siempre conmigo, y que le robé a su padre, mi antiguo amo.

—Cuéntame cómo — dijo la hija del zar.

—Estaba yo de mayordomo en casa de un rico comerciante al que Dios habría prometido que tendría un hijo dotado de tal virtud que todo lo que dijera se realizaría y todo lo que pidiese a Dios le sería dado. Por eso, apenas nació el niño yo lo robé, y para que no se sospechase de mí, acusé a la madre diciendo a todos que se había comido a su propio hijo.

El niño, después de haber oído estas palabras, salió de su escondite y dijo a Fedor:

—¡Bribón! ¡Por mi súplica y por voluntad de Dios, transfórmate en perro!

Y apenas pronunció estas palabras, Fedor se transformó en perro. El niño, atándole al cuello una cadena de hierro, se fué con él a casa de su padre.

Una vez allí dijo al comerciante:

—¿Quieres hacerme el favor de darme unas ascuas?

—¿Para qué las necesitas?

—Porque tengo que dar de comer al perro.

—¿Qué dices, niño? — le contestó el comerciante. — ¿Dónde has visto tú que los perros se alimenten con brasas?

—¿Y dónde has visto tú que una madre se pueda comer a su hijo? Has de saber que soy tu hijo y que este perro es tu infame mayordomo Fedor, que me robó de tu casa y acusó falsamente a mi madre.

El comerciante quiso conocer todos los detalles, y ya seguro de la inocencia de su mujer, hizo que la pusieran en libertad. Luego se fueron todos a vivir al nuevo reino que había aparecido en la orilla del mar por el deseo del niño.

La hija del zar volvió a vivir en el palacio de su padre y Fedor se quedó en miserable perro hasta su muerte.



Plato sobre una aguja—

Es corriente ver en los circos a los equilibristas que hacen girar en el extremo de una varilla o un bastón, platos, fuentes o palanganas; la mayor parte de estos son de madera o de metal, y su equilibrio, que se debe exclusivamente a la fuerza centrífuga, cesa desde que el movimiento de rotación no es lo bastante fuerte para vencer el efecto de la pesantez.

Fundado en la misma causa, puede realizarse el siguiente experimento: se cortan dos corchos en el sentido de su eje, y los cuatro pedazos así obtenidos se utilizan para clavar en ellos los dientes de otros tantos tenedores, formando con la entalladura que se ha hecho al cortar los tapones, un ángulo casi recto. Los cuatro pedazos se colocan alrededor del plato y a igual distancia unos de otros, teniendo cuidado de que los dientes de los tenedores se apoyen en los bordes del plato para evitar el balanceo. El conjunto se coloca sobre la punta de una aguja—cuyo ojo se habrá hundido en un corcho dispuesto según indica el grabado—y conseguido el equilibrio el plato podrá hacerse girar.

Pa perinola dibujante—

Un pequeño disco atravesado en su centro por un palito o un clavo, es lo que constituye la perinola.

Para realizar el juego de que vamos a ocuparnos es necesaria una pequeña modificación. Utilizaremos como disco uno de esos pedazos de plomo de forma redonda que emplean las modistas en algunos trajes de señora. Se hace un agujero en el centro y otros dos cerca del borde y de una parte y otra del primero. Por éste se pasa un fósforo de madera; por otro de ellos una cerda de un cepillo, para sujetar bien la cual bastará parte del mismo fósforo de palo, en clase de cuña. El tercer agujero no sirve más que para conservar el equilibrio.

La parte central y posterior de un plato se ennegrece con el humo de una lámpara o una bujía. Teniendo cuidado de que la cerda del cepillo sea algo más larga que el eje de la perinola ▾

:: LOS LADRONES ::

Estando yo de visita en casa de Krasavin, y entregado a los goces de una amena charla, entró la criada y me dijo:

—Le llaman a usted por teléfono.

La miré asombrado.

—¿A mí? ¡No es posible! No le he dicho a nadie que venía aquí...

—Sin embargo; le llaman a usted.

Me encogí de hombros y seguí a la criada al recibidor, donde estaba instalado el teléfono.

Descolgué el auricular, y lleno de curiosidad apliqué el oído.

—¿Con quién hablo?

—Con Chebakov. Oye: estamos en el café Alhambra. Sólo faltas tú. Ven en seguida.

Yo contesté:

—No puedo. Tengo que terminar un trabajo urgente. ¿Cómo es que, no habiendo nadie en mi casa, pues la criada se ha ido a pasar el día con sus padres, sabes que estoy en casa de Krasavin? ¿Quién te lo ha dicho?

—Le llaman a Vd. por teléfono.

—¡Vamos, no bromees! Acabo de telefonear a tu casa y me han contestado que estabas ahí.

—O yo me he vuelto loco, o quien bromea eres tú. Mi piso está cerrado con llave, y la llave la tengo yo en el bolsillo. ¿Quién puede haberte contestado?

—No sé. Una voz masculina desconocida me ha dicho: "Debe de estar en casa de Krasavin." El que me ha hablado no parecía muy dispuesto a continuar la conversación, porque se ha apresurado a colgar el auricular. Yo he supuesto que sería algún pariente tuyo.

—¡Chico, me dejas turulato! Me voy en seguida a casa. Dentro de veinte minutos sabré de qué se trata.

—Pero ¿para qué esperar tanto?—replicó Chebacov, a quien aquel misterio, según se advertía en su acento, empezaba a interesarle—. Telefonea a tu casa y saldrás de dudas en seguida.

—¡Tienes razón!

Colgué el auricular y volví a descolgarlo, mis manos temblaban de impaciencia.

—¿Central?... 223-20.

—¿Otra vez? ¿Quién [illegible]?—preguntó, momentos después, una [illegible] desapacible.

—¿Es el 223-20?

—¡Sí, sí, sí! ¿Qué quiere usted?

—¿Y usted quién es?—grité furioso al par que intrigado.

Mi misterioso interlocutor pareció vacilar.

—El amo de la casa—contestó, al cabo, con voz insegura—ha salido.

—¡Vaya una noticia!—vociferé—. ¡Ya sé que ha salido! ¡Porque el amo de la casa soy yo! [illegible] ¿Quién es usted y qué hace ahí?

—Espere un momento.... No estoy yo solo. Voy a llamar a mi compañero... Gricha, ven; a ver si te entiendes con este señor.

Alguien respondió, cerca del aparato, con colérico acento:

—¡Qué pesadez, Dios mío! ¡No le dejan a uno trabajar!

Y añadió, por teléfono:

—¿Quién es? ¡No hacen más que llamar! ¿Qué quiere usted?

—¿Qué hace usted en mi piso—rugí.

—¡Ah! ¿Es usted el amo de la casa? ¡No sabe usted lo que me alegro!

—¿Cómo?

—Tendrá usted la bondad de decirnos dónde están las llaves de su escritorio, ¿verdad? Llevamos un gran rato buscándolas...

—¿Para qué dice usted?

—¡Que estamos volviéndonos locos buscando las llaves de su escritorio!

—¿Para qué?

—Para no vernos obligados a descerrajar los once cajones; lo cual, además de ser muy molesto, sería una lástima, pues el escritorio es magnífico. Lo menos le habrá costado a usted doscientos rublos. ¿Qué necesidad hay de destrozar un mueble así?

A medida que hablaba, ese voz a cada instante más firme y tranquila, mi nuevo interlocutor, yo iba arrebatándome, poniéndome fuera de mí.

—¡Ah, canallas!—grité—. ¿Han penetrado ustedes en mi piso para robarme? ¡Espérense! ¡Allá voy! ¡No tardará en caer sobre ustedes el peso de la ley!

—Sus amenazas, caballero, no nos asustan—respondió la misma voz, serena, persuasiva—. Antes de que llegase usted tendríamos tiempo de sobra para huir. No conseguiría usted nada viniendo. Lo mejor sería que nos dijese dónde están las llaves del escritorio.

—¡Ladrones! ¡Bandidos! ¡Bergantes! ¡Granujas! ¡¡Debían ustedes estar ahorcados hace tiempo! ¡Pero no tardarán en tener su merecido, canallas!

—¡Qué tontería, caballero! ¡No se ponga así! Sea razonable. Nosotros le hablamos tranquilamente, sin arrebatarnos. En vez de estropear el escritorio, descerrajando los cajones, le preguntamos a usted dónde están las llaves. Debía usted agradecérnoslo y no emplear esas expresiones groseras.

—No puedo hablar de otra manera con sinvergüenzas como ustedes...

—Mida usted sus palabras! No contestaremos a sus injurias; pero las castigaremos, si no se reporta, destrozaremos con un cortaplumas la tapicería de los sillones y del sofá, y dejaremos en un estado lamentable el escritorio y la biblioteca. ¡¡Figúrese usted qué bonito quedará su despacho! Nada de esto le sucederá si nos trata con cortesía.

—¡Tiene gracia!—dije yo, en tono conciliador—. Póngase usted en mi lugar. ¡Penetran ustedes en mi piso, me arruinan, y aun pretenden que les trate como a unos hidalgos!

—¡Pero si nadie le arruina a usted! Aunque nos llevamos algo, ¿qué importancia tiene eso para usted? A nosotros en cambio, no nos sacará de pobres, pero nos ayudará a vivir.

—Me hago cargo—repuse con una voz alterada por la emoción, que yo estaba seguro de que había de conmoverles profundamente.—Lo que no acierto a comprender es el provecho que les reportará a ustedes el estropearme los muebles.

—Ninguno; pero no podemos tolerar sus insultos.

—Bueno; no les insultaré más. Veo que son ustedes hombres inteligentes, razonables. Incluso reconozco que tienen derecho a cierta indemnización por el trabajo que, sin duda, les habrá costado entrar en mi casa. Habrán ustedes invertido algunos días en los preparativos; habrán tenido que estudiar mis costumbres, vigilar mis salidas, etc., etc.

—¡Ya lo creo! No es tan sencillo como se figura la gente...

—Lo comprendo, amigos míos, lo comprendo. Lo que no me explico es para qué necesitan ustedes las llaves del escritorio.

—Podía usted suponerlo.

—Pues nada, confieso...

—¡Para buscar el dinero, caramba!

—¡Ah, ustedes se figuran que está en uno de los cajones!

—¡Claro!

—Pues están ustedes en el mayor de los errores.

—¿Se burla usted?

—No; les hablo con el corazón en la mano.

—Entonces, ¿dónde está el dinero?

—Debo advertirles que tengo muy pocos, y que además, está muy bien escondido... Díganme francamente cuáles son sus aspiraciones.

—¿Cómo?

—¿Qué piensan ustedes llevarse consigo... de lo que me pertenece? No tendrán ustedes queja de mi lenguaje, ¿verdad?

—No, señor, no. En otros términos: quiere usted saber lo que pensamos robar, ¿no es eso?

—Ha formulado usted muy bien mi pensamiento.

—Pues bien, tranquilícese usted; no pensamos robarle gran cosa. Como comprenderá usted no podemos llevarnos objetos muy voluminosos, pues nos expondríamos a despertar las sospechas del portero. He aquí lo que hemos elegido: un poco de plata labrada, un gabán, una gorra de pieles, un despertador, un pisapapeles de plata...

No es de plata—advertí yo, amistosamente.

—Entonces lo dejaremos. En su lugar nos llevaremos la cigarrera. Es una verdadera obra de arte.

—Oigan, amigos míos: comprendo su situación y me pongo en su lugar. Han tenido ustedes la suerte de poder penetrar en mi casa. Supongamos que su empresa termina tan felizmente como ha comenzado. Supongamos que el portero no les ve, o, si les ve, no recela nada de ustedes. ¿Y después? Naturalmente, llevarán ustedes los efectos elegidos a casa de cualquier indecente comprador de objetos robados, que les dará por ellos una miseria. ¡Conozco a esa gentuza! Ustedes arriesgan su libertad y, no pocas veces, su vida, mientras que esos señores no arriesgan nada y participan del botín, siendo siempre su parte la parte del león.

—¡Es verdad!—suspiró mi interlocutor.

—¡Vaya que es verdad! Siempre ocurre así bajo el régimen capitalista: el capital explota al trabajo. En realidad, quienes roban no son ustedes, sino ellos. ¿Acaso son ustedes peligrosos para la sociedad? ¡Nada de eso! Quienes lo son son esos explotadores, esos vampiros, que constituyen el principal azote de la vida contemporanea. Compañero, querido amigo, le hablo con entera sinceridad: yo, por varias razones que no es del caso enumerar, aprecio muchos esos objetos, mientras que ustedes los venderán, y ¿qué sacarán de ellos? ¡Casi nada! No creo que les den ni cincuenta rublos...

—¿Cincuenta? Si nos dieran veinticinco podíamos decir que habíamos hecho una gran venta.

—¿Ve usted? Acabaremos por entendernos, queridos amigos. Tengo dinero en el despacho, no lo niego. Poca cosa, como les he dicho: ciento quince rublos. Sin mis indicaciones no los encontrarán ustedes. Si nos ponemos de acuerdo, les diré dónde están. Podrán ustedes llevarse cien; los quince restantes me los dejarán para los gastos urgentes. Una vez en su poder los cien rublos, se retirarán, sin llevarse los efectos. Les doy mi palabra de honor de no denunciarles a la Policía. Consideraré todo esto un negocio puramente privado, un negocio entre camaradas, que a nadie, fuera de nosotros, le interesa. ¿Aceptan ustedes?

—Sí; pero...

Mi interlocutor pareció titubear.

—Pero ¿qué?

—La plata labrada la hemos empaquetado ya.

—No importa; déjenla empaquetada.

Nueva pausa.

—¿Y no teme usted que nos llevemos el dinero y los efectos? ¿Tanta confianza le inspiramos?

—¡Ah, queridos amigos! Estoy seguro de que no harán ustedes eso. No son ustedes unos bestias. Y tengo la convicción de que, en el fondo, hasta son unas buenas personas.

—Sí; pero... la maldita vida que llevamos, este pícaro oficio... ¿Comprende usted?

—¿No he de comprender? Y les compadezco a ustedes de todo corazón. Si yo pudiera hacer algo por ustedes... Pero volvamos a nuestro asunto. Tengo plena confianza en su honradez. Si me dan su palabra de honor de no llevarse los efectos, les diré dónde está el dinero; pero a condición, ya lo saben, de que me dejen quince rublos: los necesito. ¿De acuerdo?

El ladrón, esforzándose en contener la risa, contestó:

—De acuerdo. Le prometemos dejarle los quince rublos.

—¿Y no llevarse los efectos?

—También se lo prometemos.

—¿Palabra de honor?

—Palabra de honor.

—Muy bien. Gracias. Ahora, escuche usted: encima del escritorio hay una caja de sobres azul. En el fondo de esa caja, debajo de los sobres, está el dinero. Cuatro billetes de veinticinco rublos y tres de cinco. Confiese usted que nunca se les hubiera ocurrido buscar el dinero ahí.

—Lo confieso.

—Al irse, tenga la bondad de apagar la luz.

—Descuide usted.

—¿Han entrados ustedes por la escalera de servicio?

—Sí, señor.

—Muy bien. Pues al salir hagan el favor de cerrar con llave, para que no puedan entrar ladrones.

—Descuide usted.

—¡Ah, otra cosa! Si se encuentran con el portero, díganle que han ido a llevarme unas pruebas de imprenta. Como me las llevan con frecuencia, el portero no se escamará. Adiós, y buena suerte!

—Gracias. ¿Dónde dejamos el llavín!

—Debajo del felpudo. ¿El despertador no se ha parado?

—No, señor.

—Muy bien. ¡Buenas noches, amigos míos!

•••

Cuando volví a casa, encontré sobre la mesa del comedor un envoltorio, tres billetes de cinco rublos y una cartita concebida en los siguientes términos:

"El despertador está en la alcoba. Dígale a la criada que cuide mejor la ropa el cuello del gabán está apolillado. No olvide usted que nos ha prometido no denunciarnos. — *Gricha y Sergio.*"

•••

Al oír esta historia, mis amigos declararon unánimemente que yo sé arreglármelas muy bien en las circunstancias más difíciles.

Quizá tengan razón.

Arkdy Averchenko

La Inteligencia del Perro

Durante varios siglos, los sabios y los filósofos discutieron sobre la inteligencia de los animales. Uno de los grandes pensadores de Francia, Descartes, consideraba que los animales eran como máquinas.

Hoy se reconoce que todo animal tiene una inteligencia que le es propia y que, aparte del instinto, encuentra con su reflexión el medio de evitar el peligro y aun de asegurar su bienestar.

La inteligencia se advierte, sobre todo, en los animales que viven en estado de domesticidad, cerca del hombre. Vean un hecho ocurrido hace poco en Wéarhead, pueblo del condado de Durham (Inglaterra). Un jardinero llamado Tomás Eltin tenía la costumbre de dar cuerda a su reloj de pared, todas las mañanas antes de ir a su trabajo; dejaba en la casa a su perrita bulldog o alana Doyley.

Un día se olvidó de dar cuerda al reloj. ¿Qué hizo entonces el animalito inteligente? Saltó a un banquillo, de allí a un mueble alto, agarró con los dientes los contrapesos del reloj y se dejó caer al suelo. El reloj tuvo ya cuerda porque a los relojes de esa clase se les da cuerda así. Elton, que advirtió su olvido de la mañana, se admiró de ver la péndola en movimiento cuando volvió a la noche. Nadie había entrado en la casa.

Al día siguiente por la mañana, salió un cuarto de hora antes expresamente, sin haber tirado de los contrapesos. A los diez minutos volvió y el reloj tenía ya dada la cuerda. Indudablemente era la perrita Doyley la que hacía lo que él debía haber hecho, cosa que pudo comprobar otros días, mirando por el ojo de la cerradura.

La facultad de reflexión se observa también en los animales no domésticos; se nota hasta en los crustáceos, animales inferiores de la escala zoológica y considerados por tanto como menos inteligentes.

A los cangrejos, que son crustáceos, les gusta mucho las ostras, pero las ostras se cierran tan pronto como las



tocan, y algunas veces han cortado las patas. ¿Qué hace el cangrejo? Sabiendo eso, se adelanta por el ostral, muy despacito, sin ruído agarra una piedrecilla y la mete en un rinconcito de la charnela de una ostra abierta. La ostra quiere cerrar sus valvas pero no puede con aquel obstáculo y entonces el cangrejo alarga una de sus pinzas y se la come.

"Hay que ingeniarse para ganar el sustento", dirá para sí el animalillo, como dice cualquier hombre que se echa a la calle a buscar trabajo.

Record de castillos de naipes

Una señorita inglesa, miss Rosié Farner, se jacta de haber batido todos los records en materia de construcción de castillos de naipes.

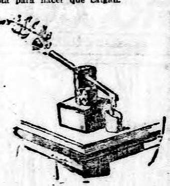
Batió, según dice, el record último por cinco pisos. Mientras se revelaba la fotografía de su obra, miss Farner agregó un piso más, formando un total de 21 pisos; al intentar poner el piso número 22 se derrumbó el edificio.

No debemos negar nuestra admiración a este esfuerzo; pero nos parece que no bate el record en materia de castillos de naipes. Mayores son los que levantan en otros países, en el nuestro, para no ir más lejos, los que sueñan en conquistar la futura presidencia de la república.

RECREOS CIENTIFICOS

La fuerza del soplo. — Colóquese en el borde de una mesa una bolsa de papel larga y estrecha, y sobre el lado cerrado póngase algún objeto de peso, dos diccionarios por ejemplo, como se ve en el grabado.

El aire, comprendido violentamente en la bolsa por medio de un fuerte soplo, basta para hacer que caigan.



Un cañón de vapor

Este experimento sirve para medir la fuerza de nuestro soplo poniendo mayor o menor peso sobre la bolsa, y para probar que una persona de pulmones vigorosos puede levantar, soplando, pesos de cerca de diez kilos.

Un cañón de vapor. — Sabido es que la tensión del vapor de agua es muy considerable, y para probarlo puede ejecutarse fácilmente el siguiente experimento.



El agua y la cerveza

Búsquese un portaplumas de hierro, de bolsillo, que tenga forma de tubo, y llénese de agua hasta un tercio de su altura. El extremo abierto se clava en una papa, y así se obtiene un tapón hermético.

De este modo tenemos un cañón cargado y dispuesto a hacer sentir sus efectos mortíferos; sólo le falta la cureña, que se hace con un corcho y se coloca como se ve en el grabado.

La parte del tubo que contiene el agua, se pone al calor de una vela o de una lamparilla de alcohol.

Al poco rato se oye una detonación. Es que el cañón se ha disparado lanzando al aire el proyectil de papa, al impulso del vapor que se ha formado en el interior del tubo.

Véase cómo sin mayor gasto y valiéndose de objetos que se encuentran a mano en todas las casas, un niño puede recrearse con un juguete que sale de la vulgaridad de los mecanismos ordinarios de juguetería.

El agua y la cerveza. — Echar agua sobre la cerveza sin que se mezclen parece cosa imposible, y, sin embargo, no lo es. Para conseguir que se mantengan separados ambos líquidos en un mismo vaso, no se necesita más que tener la cerveza, el agua, el vaso, un pañuelo de seda y un poco de paciencia.

Se llena el vaso hasta la mitad, de cerveza, y luego se coloca el pañuelo de seda en la forma que indica la figura de la izquierda, o sea formando una especie de bolsa, cuyo fondo esté en li-



Para trazar una espiral

gerísimo contacto con el líquido. Después se echa agua en esta bolsa, muy poco a poco, y cuando llegue cerca del borde del vaso se va levantando con cuidado el pañuelo. El agua se filtrará, y si toda la operación está bien hecha quedará sobre la cerveza, sin mezclarse, como se ve en la otra figura.

Prácticamente, el agua no se une con la cerveza en el cuerpo humano, porque los bebedores de ella tienen horror al líquido que la pródiga naturaleza nos brinda por todas partes.

Para trazar una espiral. — El dibujo demuestra claramente el medio sencillísimo de trazar una espiral, por lo cual nos exime de explicaciones.



La fuerza del soplo

Los Dos Amigos de Rosalía

I

—¡Rosalía!

—¿Qué manda usted?

—Ve a llevar el cordero a la carnicería.

—¡Está bien!... En seguida iré.

¡Con cuánta tristeza pronunció Rosalía estas palabras! ¡Llevar el corderito al carnicero! ¡Pobre animalito! Rosalía estaba muy encariñada con él y no tenía más remedio que llevarlo al sacrificio.

—¡No me has oído, Rosalía?

—¡Sí, sí; ya voy!...

Al cabo de dos minutos, salió la muchacha con el cordero, que iba tras ella, sujeto por el cuello con una cuerda.

—Cuando llegues, le dirás al carnicero que lo pese. Vale diez francos al precio corriente.

Rosalía hizo pasar al animal por un prado cercano, a fin de que pudiese comer a sus anchas cuanto quisiera. Pero al fin comprendió que no tenía más remedio que ir a casa del carnicero.

La vista de aquellas letras negras escritas en la muestra, "Carnicería", y de la carne roja colgada junto a la puerta, llenaron de horror a la pobre pastora. Dentro de algunas horas, el cordero estaría pendiente del mismo sitio. ¡No, no! ¡De ningún modo! ¡Tenía una voz tan tierna cuando balaba y unos ojos tan hermosos cuando miraba!...

Rosalía dió media vuelta y se alejó de la carnicería. No podía resignarse a dejar matar el cordero. Pero, ¿a dónde podía dirigir sus pasos? Si volvía a casa de su amo la reñirían de un modo atroz.

Transcurrieron tres horas, durante las cuales la pastora anduvo errante por el campo, sin saber qué determinación tomar.

A la caída de la tarde, rendida de cansancio y acosada por el hambre, se echó al suelo, al borde de un camino cuando de pronto vió pasar por delante de ella al cura del pueblo.

—¿Qué haces ahí, Rosalía? — le preguntó el sacerdote.

La muchacha bajó la cabeza sin contestar. ¿Qué pensaría el señor cura al enterarse de lo que acababa de hacer?

—¿Te has quedado muda?

—No, señor. El caso es...

Y la pastora explicó lo ocurrido.

—Ahí tienes los diez francos, hija mía. Me quedo con el cordero, al que no mataré.

—¿De veras, señor cura?

—Dentro de un mes figurará en la procesión del Corpus, al lado de un precioso San Juan. Vuelve a tu casa y sé siempre compasiva con los animales. ¡Hasta la vista, Rosalía!

La muchacha se echó de rodillas ante el sacerdote y con los ojos inundados de lágrimas, exclamó:

—¡Gracias, señor cura, gracias!

Después se levantó, se metió el dinero en el bolsillo y echó a correr hacia el domicilio de su amo.

—¡Rosalía! — dijo éste al cabo de una semana.

—¿Qué manda usted?...

II

—Vé a llevar el cabrito al carnicero. Vale doce francos. Vuelve pronto.

La pastora partió con el cabrito. Pero al llegar a la carnicería notó que le flaqueaban las piernas.

—Es posible — pensó — que también lo necesite el señor cura, para la procesión.

Y se dirigió al mismo sitio por donde había visto pasar al sacerdote la semana anterior.

Pero este día el cura no pasó por aquel camino, en vista de lo cual se encaminó Rosalía hacia el domicilio de su bondadoso protector.

—Buenos días, señor cura!

—¡Buenos días!...

—¿Cómo sigue el corderillo?

—Perfectamente. Cada día está más gordo

—¿Necesitaría usted ahora un cabrito para la procesión?

—No, hija mía — contestó el sacerdote. Esas cosas no se hacen más de una vez.

—¿Con que no le quiere usted, señor cura?.. No vale más que doce francos al precio corriente. ¡Es mucho más bonito que el cordero!...

Por más que la muchacha insistía, el cura no daba su brazo a torcer.

Vendió el animalito, y cuando vió que el carnicero se apoderaba de él y lo llevaba al patio donde se hallaban otras bestias que debían ser sacrificadas al día siguiente, se echó a temblar y a los pocos instantes perdió el conocimiento.

III

Estamos en la casa rectoral, a donde Rosalía había sido conducida.

—¡Al fin lograste tu propósito! — dijo el cura a la muchacha, apenas hubo recobrado esta el sentido. — Te he seguido, temeroso de que cometieses alguna grave imprudencia. Tranquilízate, hija mía, he comprado el cabrito y figurará en la procesión, al lado de un chicuelo vestido de pastor.

El cura sintió el contacto de unos labios que imprimían un beso en su rugosa mano. Y dos lágrimas acompañaron aquel tierno ósculo de la pastora.

Pero no eran lágrimas de angustia. Debían de ser de esas que vierten los ángeles en el Paraíso, cuando henchidos de gozo se disponen a cantar.

Juan Rameau.



EL ALMA DEL NENE

Es cosa que no me he podido jamás explicar satisfactoriamente, esta del desarrollo psicológico del alma.

Que la materia crezca, madure y se envejezca, es justo, lógico, racional. Es la ley común a que no escapa ni lo que aparentemente se nos presenta en la creación como más inanimado; pero que el alma, substancia espiritual e inmortal, capaz de entender, querer y sentir, que informa el cuerpo humano y con él constituye la esencia del hombre, deba ser subordinada a la materia hasta el punto de nacer rudimentaria, crecer, desarrollarse, y luego decaer, empequeñecerse, amenguarse y llegar, por fin, hasta la nulidad, con el aniquilamiento del cuerpo, esto no lo entiendo, y creo que hasta ahora los que se achicharran el pensamiento tratando de poner en limpio estos rompecabezas de la vida, han adelantado más que yo, psicólogo a ratos y de afición, que en este momento pienso en este misterio porque se me ofrece el caso especial de que voy a tratar en estas líneas.

El nene, es hijo de un matrimonio amigo mío, y no tiene a la simple vista nada de extraordinario con respecto a los demás de su raza y de su edad.

Es un pebete como de tres años, cabezón, mofletudo y barrigón, como los angelitos clásicos, con piernas y brazos "llenos de roscas", como dice la madre, pelo corto, rubio e hilachento, ojos claros tirando a celestes, boca grande, fresca y de labios carnudos; ñato, con ese gracioso resuingue de picardía infantil que distingue a los muchachos sanos y alegres, andariego, curioso, travieso... en fin, un botija, que atrae y seduce a primera vista hasta a las solteronas, y que se hace besar casi instintivamente, de la misma manera que los pimpollos de rosas se hacen oler por el solo prestigio de su frescura, de su suavidad y de su belleza.

Los padres son dos buenas personas y nada más.

Ella, una muchacha modesta, bonita y regularmente educada.

El, un hombre emprendedor, aunque algo rudo, pero bueno y honrado a carta cabal.

Pues este matrimonio vive asustado con el nene.

Porque el nene ha venido al mundo con el alma cambiada.

Es decir: se ha traído una alma que no era la suya; una alma grande, que no le cabe en aquel cuerpecito cuya estatura apenas llega a las rodillas de su padre.

Cuando entro a aquella casa, y veo a aquel matrimonio, pensativo, admirado, confuso, que no se atreve a acariciar a su hijo a quien observan desde lejos con la misma temerosa atención con que un indio miraría desconfiado un reloj, me asaltan dos ímpetus: el primero, de disparar asustado, y el otro de ponerme a reir a carcajadas.

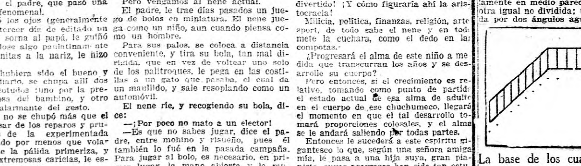
El padre refiere como la primera sorpresa con que lo obsequió su tierno vástago fué el gesto expresivo con que éste retribuyó su primer cariño.

—¡Varón! ¡Varón!, gritó con el alborozo de ordenanza, la adulona de la comadre; mire usted, mire usted, señora. ¡Qué ricura!... y ¡cómo se le parece a usted!

La "ricura" del padre se acercó sonriendo y verdaderamente emocionado... ¡Era el primero!

El chico frunció la cara a la luz, al ambiente, al ruido... y daba unos berridos nasales de gato escaldado.

—¡Y es verdad!, dijo encantado y baboso el autor del párvulo. ¡Qué bonito que es! y ¡qué... varón!...



Se llamará como yo, Hilario. Dicen que este nombre trae fortuna, porque es así, como nombre de risa.

—¡Larito! ¡Larito! ¿Quién es Larito, mi hijo?... Y le golpeó dulcemente con los dedos la mejilla.

Dice entonces el padre, que pasó una cosa rarísima, fenomenal.

El nene abrió los ojos (generalmente esto sucede al tercer día de editado un niño), miró con sorna al papá, le guiñó el ojo y llevándose algo paulatinamente una de sus manitas a la nariz, le hizo "pito catalán".

Otro que no hubiera sido el bueno y sonriente de Hilario, se chupa allí dos sustazos morrocotudos (uno por la precocidad milagrosa del bambino, y otro por la malicia alarmante del gesto.

El buen papá no se chupó más que el primero, y a pesar de los reparos y prudentes consejos de la experimentada matrona, no pudo por menos que volar al dormitorio de la pálida primeriza, y allí, entre mil extremosas caricias, le espetó la asombrosa nueva.

—¡El nene sabe quién soy! ¡Me ha reconocido! Le he preguntado ¿quién es mi hijo? y me ha hecho un "pito" mismo!

Por poco, a la madre no le da un berrinche, porque se le subió la sangre al rostro, y acariciándole la cabeza a su consorte, le dijo:

—¡No seas loco!

Pero vengamos al nene actual.

El padre, le trae días pasados un juego de bolos en miniatura. El nene juega como un niño, aun cuando piensa como un hombre.

Para sus palos, se coloca a distancia conveniente, y tira su bola, tan mal dirigida, que en vez de voltear uno solo de los palitroques, le pega en las costillas a un gato que pasaba, el cual da un maullido, y sale resoplando como un automóvil.

El nene ríe, y recogiendo su bola, dice:

—¡Por poco no mato a un elector!

—Es que no sabes jugar, dice el padre, entre mohino y risueño, pues él también lo fué en la pasada campaña. Para jugar al bolo, es necesario, en primer lugar, la mano abierta y la muñeca dura...

—Las dos cosas que tenían respectivamente Villanueva y Pellegrini y mire si voltearon ninguno de los dos lo que pretendían.

—¡Niño! dice Hilario.

—¡Hombre! replica sin parpadear el nene.

Pasa el nene con su padre por delante de un convento de monjas.

—¿Quién vive ahí, en esa casa tan fea? —pregunta.

—Las monjas.

—¿Y por qué viven así?

—Porque han hecho voto de castidad

—¿Voto? ¡Ah! No serán como los otros porque aquellos se compran y se venden por las calles, y éstos se defienden con rejas.

Lee los diarios. Se impone de los negocios públicos al mismo tiempo que de la crónica social y la de policía, telegramas, etc.

"El puerto de La Plata"—dice leyendo y luego, por encima del diario, le dice a su padre:

—Por supuesto, papá, que empujarán la ciudad hasta la orilla del río.

"Corso de las flores".—La verdad que la gente, de puro aburrida, no sabe ya qué inventar.

El corso de los deudores, sí que sería divertido! ¡Y cómo figuraría ahí la aristocracia!

Milicia, política, finanzas, religión, arte sport, de todo sabe el nene y en todo mete la cuchara, como el dedo en las compotas.

¿Progresará el alma de este niño a medida que transcurran los años y se desarrolle su cuerpo?

Pero entonces, si el crecimiento es relativo, tomando como punto de partida el estado actual de esa alma de adulto en el cuerpo de ese chuchumeco, llegará el momento en que el tal desarrollo tomará proporciones colosales, y el alma se le andará saliendo por todas partes.

Entonces le sucederá a este espíritu gigantesco lo que, según una señora amiga mía, le pasa a una hija suya, gran pianista, cuyos progresos han sido tan estupendos, que "el piano le ha quedado chico".

Nicolás GRANADA.

¿Quieren Más los Hombres a los Niños Que las Mujeres?



1. Gladstone, adoraba a su nietecita, hoy señora de Parihs. — 2. El ex zar de Rusia, Nicolás, con el ex zarevich en brazos. — 3. El general Booth, ya fallecido, tenía delirio por la menor de sus nietecitas, que es hoy una abnegada salvacionista. — 4. El ex emperador de hierro, Guillermo II, era un bizcochuelo para sus nietecitos que adoraba. — 5. Sims, era un esclavo de su sobrina Minty Lamb. — 6. El ex emperador Francisco José de Austria, era un abuelo como pocos. — 7. El pibe J. Chamberlain, cuando era el niño más mimado de Inglaterra.

Es opinión casi general que las mujeres sienten más grande afección por los niños que los hombres, y quizás ninguna de ellas se atrevería a confesar lo contrario ante el temor, muy natural, por otra parte, de rebajarse ante el concepto masculino; pero ocurre con no escasa frecuencia que la mujer pone de manifiesto respecto a los nenes un interés y un afecto que en el fondo está muy lejos de experimentar.

Los hombres, por el contrario, sienten algo así como cierta vergüenza de dejar ver que adoran a los niños, por más que, en realidad, los quieran entrañablemente. El niño parece, en efecto, que sabe despertar los más tiernos sentimientos en la naturaleza masculina. ¡Cuántos son los hombres que siempre llevan consigo uno o más retratos de pequeños seres queridos, de los que no se separan jamás!

Los hombres no se aburren con los nenes y siempre hallan algún pretexto para entretenerse con ellos, y es en verdad extraordinario ver cómo los "pibes" saben tocar el corazón de los reyes, de los emperadores y de todos los que gobiernan. ¿Quién no se ha sentido impresionado leyendo el relato de los sufrimientos del zar de Rusia cuando la enfermedad del zarevich, y cómo le era imposible prestar atención a los asuntos del estado, debido a su gran amor paternal? El zar era un jefe de familia verdaderamente modelo, un padre, digámoslo así, ideal, y puede afirmarse que los momentos mejores para él fueron aquellos en que pudo con toda libertad consagrarse a sus hijos.

Comunmente se nos representaba al emperador de Alemania como un hombre de hierro; pero no vaya a creerse por esto que no tenía sus instantes de tierna expansión, cosa que saben mejor que nadie sus hijos varones y en particular la princesa Victoria Luisa, que era su último vástago.

Cierto día dijo el emperador Guillermo: "Mi hija se enorgullece mucho de ser la hija del Kaiser, pero es el caso que no se da cuenta de que su padre lo sea en la actualidad."

Por lo que se refiere al rey de España, su alegría y su orgullo no tuvieron límites al ocurrir el nacimiento del príncipe de Asturias. Cuéntase a este propósito, un incidente humorístico, ocurrido durante una de las visitas del monarca español a París. El pequeño príncipe fué presentado al presidente y su comitiva en brazos de la nodriza: cuando el rey y la reina estaban ya en camino para regresar al hotel, Alfonso XIII se dió cuenta de que el niño no iba con ellos. Inmediatamente envió un automóvil especial, y el heredero del trono fué sin pérdida de tiempo puesto en los brazos de su augusto padre.

La familia real de Inglaterra se ha distinguido siempre por el cariño hacia los niños y la bondad para con los animales. El rey Eduardo VII era de un carácter sumamente bondadoso, y por lo que respecta a su hijo Jorge V, el actual soberano, su mayor distracción es la compañía de sus hijos. Como se le preguntara en cierta ocasión a uno de los pequeños príncipes a quién quería más, a su padre o a su madre, contestó: "Yo quiero tanto a uno como a otro, pero mi papá nos mima bastante más."

Pocas serán las personas de cierta ilustración que no conozcan el gran cariño que Gladstone, el célebre hombre de estado de Inglaterra, profesaba a su nieta miss Dorothy Drew o, como actualmente se llama, la señora F. W. Parish.

El gran hombre describe minuciosamente en sus memorias las habitaciones de su adorada pequeña, sus juegos con el perro favorito, las visitas cotidianas a su biblioteca: Dorothy puede decirse que fué el sol que llenó de calor y de luz los últimos años de Gladstone.

Otro abuelo venerable era el duque de Grafton, de la más rancia nobleza de Inglaterra, al cual puede verse reproducido en uno de nuestros grabados en compañía de sus dos nietos, a quienes profesaba un cariño sin medida. Baste para demostrarlo este hecho: había el duque jurado que jamás subiría en un automóvil — le resultan lo más antipáticas estas máquinas; — pero faltó a la palabra que se diera a sí mismo nada más que por dar gusto a sus nietos el día que él cumplió los ochenta años.

El difunto general Booth, jefe, como todo el mundo sabe, del Ejército de Salvación, sentía por los niños, fueran o no sus parientes, una afección verdaderamente paternal; no era raro verle con uno sentado sobre sus rodillas cuando estudiaba, o en los brazos cuando dirigía la palabra a las multitudes en plena plaza pública.

Los personajes políticos, terribles casi siempre en el ejercicio de las funciones, como Mr. Ramsey Macdonald, resultan mucho más débiles, por regla general, con los niños que cualquier otro.

El autor del artículo que extractamos asegura haber visto grupos de franceses y entre ellos vigilantes, completamente y sinceramente emocionados a la vista de un chiquilín extraviado en el parque de Monceaux, en París.

Si salís a daros una vuelta por las calles de nuestra ciudad, en un día domingo o de fiesta, encontraréis y podréis contar por centenares hombres que empujan gallarda y alegremente los cochecitos de sus niños o llevan a éstos en los brazos. Son los únicos días que tienen de libertad y los consagran por entero a la gente menuda.

En vista de lo dicho ¿es que los hombres quieren más a los niños que las mujeres? ¿Es que la educación superior tiende en éstas a destruir, o a debilitar cuando menos el instinto maternal? El autor de este artículo opina que, mientras las madres en general aman a sus hijos, los padres los aman sin distingos, única y simplemente porque son niños.

Pero tal vez esto solo no sea bastante para asegurar que los hombres quieren más a los niños que las mujeres.

INVENTOR de 11 AÑOS

Varias veces hemos presentado en estas páginas niños precoces que, al dejar la cuna, ya demostraban una vocación perfectamente determinada y aptitudes sobresalientes. Vamos hoy a presentar a un inventor en agraz, un joven ingeniero de once años.

Se llama Silvano Gailly, y nació en la capital de Bélgica. Sus abundantes cabellos rubios, el óvalo fino de su rostro y sus ojos alegres y penetrantes, le dan todo el aspecto de un chicuelo travieso que prepara alguna jugarreta.

Sin embargo, no hay nada de eso. Esa frente espaciosa alberga graves pensamientos y extraordinarios problemas. Tiene la frente de un pensador, y su mirada penetra en el cerebro de la persona que lo mira.

Tenía poco más de siete años Silvano, cuando un día en que su papá leía un diario trepó a sus rodillas y le dijo:

—¡Papá, tengo una idea!

—¿Qué idea, hijo mío?

—La idea de hacer un aparato nuevo.

El papá lo miró atentamente; pero el niño por toda respuesta le presentó su pizarrita de escolar, dibujó en ella una máquina y dijo:

—Yo, con el cascanueces no puedo manejarme porque no tengo bastante fuerza; pero si yo tuviera una caja con un tornillo que apretara la nuez, yo podría ir dando vuelta al tornillo poco a poco y lograría romper las nueces. El croquis era bastante claro para que el papá, guiándose por él pudiera hacer construir el aparatito. Como se ve, entra la nuez entera en un departamentito una de cuyas paredes es movible y obedece al avance del tornillo. Este gira mediante una manija, y con fuerza puede romper todos los frutos de corteza dura.

Imagínese la alegría de Silvano cuando el padre le presentó su invención ya convertida en un aparato. Pasó todo un día rompiendo nueces, y después, por consejo de sus maestros, pensó en hacer patentar su invento. Redactó él mismo la solicitud, y con su papá fué a presentarla en la oficina de patentes, donde lo felicitaron mucho. Pensó después dedicar su invento a S. M. la reina, y con un memorial remitió al palacio un modelo de su cajita.

Después de algunas semanas, Silvano recibió su patente de invención, y un emisario de la corte se presentó en su casa con un estuche y una carta del gran maestre de palacio en que, a nombre de S. M., se le felicitaba y remitía como recuerdo un alfiler de corbata (una corona real de oro adornada de rubíes).

Los diarios se ocuparon del caso en los términos más encomiásticos, y el niño fué objeto de pública admiración y curiosidad durante una semana. Pero no se durmió en los laureles y, poco después, inventó un aparato de ilusionismo para escamotear personas en un escenario y otros aparatos de escamoteo, adoptados ya por profesores como Servais, Leroy, Abydos y Horacio Goldin.



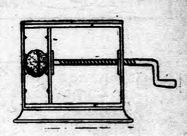
Silvano Gailly en su jardín

El padre de Silvano es un artista escultor y pintor, que tiene bastante preparación literaria, puesto que es diplomado en filosofía y en derecho. El niño se ha criado, pues, en un ambiente intelectual propio para desarrollar sus especiales aptitudes. Su carácter es concentrado y retraído, pero no hay problema cuya solución no trate de buscar, ni hay espectáculo u objeto que no le inspire una enormidad de preguntas.

Su afán de investigar le produjo una vez una enfermedad que lo tuvo a la muerte; pero tan pronto como entró en convalecencia empezó a fabricar juguetes que había inventado mientras estuvo enfermo, porque los suyos no lo divertían. Con pedacitos de madera, hilos y alambre hizo puentes, torres, máquinas y una porción de cosas originalísimas.

Es muy distraído, y este defecto le censuran sus maestros; la ciencia que prefiere es la geografía.

Durante los recreos se preocupa de utilizar la fuerza que se pierde en los aparatos de gimnasia, y con la cual se pudiera mover un dínamo y bastante maquinaria.



El aparato cascanueces

Algunas Ilusiones Opticogeométricas

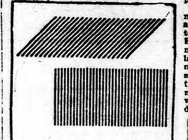
Las ilusiones de óptica son para el aficionado un motivo de entretenimiento. Para el sabio suscitan problemas psicológicos y fisiológicos, y aquéllas de que nos vamos a ocupar, las ilusiones de dirección, han atraído ya la atención de hombres tan insignes como Zollner, Poggendorf, Heving, Delboleuf, Heimboltz, Wundt, etc.

Un trabajo presentado por el doctor Botti a la Academia de Ciencias de Turín, nos permite recordar algunas ya conocidas y señalar otras nuevas.

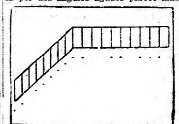
Wundt ha clasificado las ilusiones ópticogeométricas en tres tiempos: 1o. las variables como extensión; 2o. las variables como dirección; 3o. las constantes como extensión y como dirección.

¿Qué distancia es la mayor?

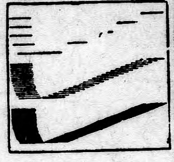
Entre las ilusiones variables como extensión, basta recordar las siguientes: una línea recta parece más larga que un espacio igual limitado por dos puntos; una línea recta indivisa parece más corta que otra igual, pero dividida en muchos segmentos; una recta dividida solamente en medio parece más corta que otra igual no dividida; una recta limitada por dos ángulos agudos parece más pequeña que otra recta igual terminada por ángulos obtusos, etc.



¿Cuáles son más largas, las verticales o las oblicuas?



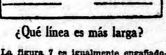
La base de los cuadriláteros ¿es mayor a la derecha que a la izquierda?



Ilusión de la pipa.

Las ilusiones variables como dirección no son menos numerosas; un ángulo agudo parece mayor de lo que realmente es, un ángulo obtuso más pequeño. El doctor Botti agrega dos ejemplos nuevos, muy característicos. Examinad la figura 5 y decid cuáles son las líneas más largas; las verticales lo parecen y, sin embargo, son iguales a las oblicuas trazadas por debajo. La ilusión es aun más notable en la figura 6. En "a" no se ven sino algunas líneas horizontales, todas iguales; en "b" parecen más estrechas a derecha que a izquierda, y la ilusión se debe sólo a que están más próximas; en "c" la pipa obtenida ennegreciendo todos los intervalos, nuestra un tubo mucho más delgado que su hornillo y, sin embargo, está formado por las mismas líneas horizontales que las figuras "a" y "b".

La línea de la derecha ¿es igual que la de la izquierda?



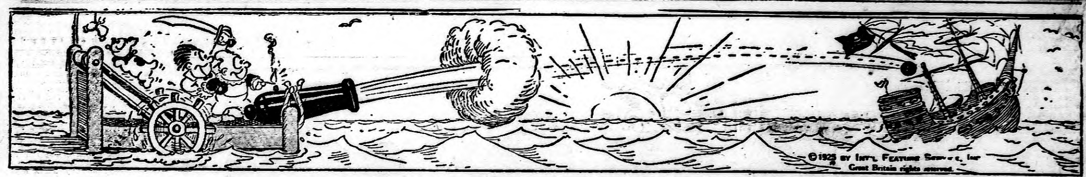
¿Qué línea es más larga?

La figura 7 es igualmente engañadora: mirad la balaustrada; parece que la parte descendente de la izquierda está formada por barras más próximas que las de la derecha; y, sin embargo, las distancias son iguales.

Todas estas ilusiones obedecen a causas difíciles de explicar. Los sabios que las han estudiado las refieren a una de las tres teorías que siguen. Para los unos, se deben a errores de perspectiva, pues miramos las figuras planas como si representaran perspectivas, no siendo así.

Según otros, las ilusiones son debidas a la irradiación del dibujo sobre la retina, pareciendo las partes claras mayores que las sombrías y disminuyendo estas mismas por irradiación. Otros, por fin, atribuyen estos errores a movimientos de nuestros globos oculares que, desplazándose en cierto sentido, darían ilusiones de prolongación en el mismo.

El doctor Botti cree que estas diversas teorías son insuficientes y que no hay que olvidar que las ilusiones ópticogeométricas no son errores de percepción o de juicio, sino hechos normales, percepciones reales que descienden al carácter de ilusiones si las sometemos a procedimientos de comparación y apreciación.



LOS SOBRINOS DEL CAPITAN

EL CAPITAN CENTELLA



